

LOS BOTONES DE BRONCE EN LA *HISPANIA* ROMANA

POR

JOAQUÍN AURRECOECHEA FERNÁNDEZ

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

El propósito del presente trabajo es el estudio de los botones arbolonados hallados en la *Hispania* romana. Se presenta un método para la descripción, análisis y estudio de tales piezas, formulándose una clasificación con los modelos principales y trazando una serie de líneas maestras para la catalogación de los ejemplares que se den a conocer en el futuro. En consecuencia, se realiza una interpretación cronológica e iconográfica de los modelos, así como de su función y significado, basándonos en los hallazgos arqueológicos y sin perder de vista las limitaciones que éstos imponen. Por último, se ofrecen los resultados de los análisis efectuados a algunas de las piezas, que demuestran el predominio de los bronce plomados en su composición.

SUMMARY

The main subject of this paper is the study of bronze strap-mounts with studs for attachment, found in Roman settlements of the Iberian Peninsula. The purpose is to explain a method for describing, analyzing and studying bronze studs, and present a table of the most important patterns in Roman Spain and suggest some guidelines for future cataloguing. Subsequently, we expone and discuss many hypothesis concerning the chronology, the iconographic models, the function and the meaning of these studs, taking as a basis the archaeological record without being unaware of the limitation it imposes. We present the results obtained in the metallic composition analyses of some standars, the study of alloys shows that leaded bronze is predominant.

Los botones de bronce son un hallazgo frecuente en los yacimientos hispanorromanos, pese a lo cual nuestro conocimiento científico sobre ellos no es todo lo satisfactorio que cabría esperarse. Normalmente estas piezas son publicadas de modo puntual, haciendo referencia exclusiva al único estudio de síntesis que se ha llevado a cabo hasta la fecha, el de Caballero, dotándolas de una cronología tar-

dorromana, aunque muchos de los materiales carecen de contexto temporal. El propio Caballero ya advirtió del carácter provisional de sus resultados, que estaban condicionados por la información parcial que se poseía en el momento de su redacción. En este contexto planteó un esbozo tipológico que distinguía tres modelos fundamentales de botones, en función del número de roblones que presentasen (Caballero, 1974, 94-104).

Aunque la tipología ofrecida por Caballero tiene el mérito indiscutible de identificar y aglutinar, por primera vez en nuestro país, una categoría de piezas ausentes del panorama científico planteando una solución factible en una etapa en que los estudios sobre bronce estaba comenzando; no obstante, la revisión de estos materiales se imponía, dado los nuevos datos que han aparecido en los últimos años.

La problemática ligada a la cronología, en vez de solucionarse se ha ido complicando, ya que si bien tradicionalmente se han considerado los materiales publicados que nos ocupan como de datación tardía, hoy en día conocemos piezas idénticas de época altoimperial.

Desde el punto de vista morfológico la clasificación que comentamos ha quedado desfasada con el paso del tiempo, no sólo por su carácter cerrado que impide la incorporación de nuevos tipos sin modificar el ordenamiento general, sino también porque hoy no se cumplen determinadas características planteadas en el esquema organizativo. Así, en principio, el número de roblones define el tipo de botón, generando el tipo I con tres, el II con un par de apéndices y el III con uno sólo. Según esta estructuración se daba la coincidencia, en el momento de formularse dicha tipología, de que los apliques arbolonados con dos remaches eran todos peltiformes o cor-

diformes, mientras que los que contaban con un botón eran exclusivamente circulares, circunstancia que ya no se cumple, pues conocemos botones peltiformes con un sólo roblón y circulares con dos.

Todas estas razones, pero sobre todo la aparición de numerosos ejemplares durante los últimos años entre los que se constatan piezas de morfología inédita, nos impulsaron a realizar una revisión de este tipo de materiales en *Hispania*, que ha cuajado en el planteamiento de una nueva tipología y en un intento de interpretación de los mismos¹. El volumen de datos actual lo creemos suficiente como para ejecutar un estudio general desde el punto de vista técnico, morfológico, funcional y cronológico, cuyos resultados se plasman en este trabajo. La base sobre la que se sustenta la ofrecemos, a modo de apéndice, en las tablas finales que recogen todos los hallazgos conocidos en España.

CLASIFICACIÓN

Lo primero que queremos manifestar es la dificultad que encierra plantear un esquema tipológico válido para unos materiales de por sí heterogéneos, ya que el único denominador común es la presencia de roblones posteriores para fijar al cuero. Sobre la misma base funcional, un objeto que para asirse a una tira de material, abotonándose, necesita uno o varios elementos que le garanticen la sujeción, presenta luego toda una completa variedad de modelos y matices decorativos.

No podemos perder de vista la relación existente entre los objetos que nos ocupan y toda la rica serie de piezas inherentes al atalaje y al aderezo personal que tuvieron como soporte el cuero, pues unas son a menudo compañeras de las otras. Sin embargo, cuando encontramos uno de estos botones aislado, es muy difícil asegurar si perteneció al arnés de un animal o se emplearon para la vestimenta humana. Por tanto, cualquier intento de sistematización de estos elementos que se haga, adolecerá de la falta de precisión en cuanto al uso concreto a que se destinaron. Igual carencia de exactitud sufrimos respecto a los parámetros temporales que los caracterizan, ya que el estado actual de la investigación no permite esta-

blecer unos límites cronológicos claros, pues los datos que poseemos de excavaciones no son suficientes como para establecer la fecha de un determinado tipo.

Con estas premisas y las incógnitas ¿para qué se usaron?, y ¿cuándo se usaron?, aún sin resolver, cabe también preguntarse cuál es el sentido de elaborar una nueva clasificación. La justificación necesaria la encontramos en la necesidad de obtener un entramado de tipos, en alguna medida incluso teórico, sobre el que disponer los nuevos datos que se han incorporado al mundo científico en los últimos años, demasiado dispersos como para poder ser empleados. La base de una nueva tipología puede ser sólo sustentada desde un punto de vista morfológico, al igual que la de Caballero, pero deberá tener unos criterios más dinámicos que permitan la interrelación entre los distintos grupos, la incorporación de futuros modelos ahora inéditos y que, además, atise la posible evolución de los tipos.

Proponemos una tipología que distinga una serie de tipos vinculados con el número de roblones presentes en la parte posterior de la pieza, de forma de que las cifras estén acordes con la cantidad de roblones, es decir: el tipo I se caracterizaría por poseer un sólo roblón, el II tendría un par y así sucesivamente. De esta forma tenemos asegurada la continuidad en la asignación de tipos inéditos, sin merma de la estructura global. En la actualidad conocemos botones de cuatro tipos distintos. Los más abundantes son el I y el II, pudiendo ser calificados como esporádicos los tipos III y IV, aunque a buen seguro, en el futuro tendremos una mayor representación de estos últimos, ya que en otras áreas del Imperio aparecen con bastante más frecuencia.

El siguiente paso en la vertebración de nuestra tipología sería el establecimiento de grupos que dividan a cada uno de los tipos. Estos deben estar en función de la morfología que presenta la placa del botón, aquella en la que recalca el anhelo decorativo. En este punto nos encontramos con un problema de difícil solución, ya que los esquemas ornamentísticos no están asociados a un número determinado de roblones. Así nos encontramos con que la categoría de los botones peltados es característica del tipo II, aunque no exclusiva, pues se dan piezas con uno y con cuatro roblones. La solución que proponemos para agrupar todas las modalidades, ofreciendo la máxima versatilidad, es distinguir unos grupos relacionados exclusivamente con la forma de la placa, sin tener en cuenta el número de roblones. Obtendríamos así una clasificación, en la que las piezas se describirían atendiendo a dos parámetros diferentes: el tipo, expresado con números romanos y condicionado por la cantidad de roblones; y el gru-

¹ Agradecemos al doctor Luis Caballero Zoreda la atención que ha prestado a este estudio, así como sus valiosas indicaciones y sugerencias. También queremos agradecer al personal del Ayuntamiento de Madrid, del Museo de Santa Cruz y a D. Francisco de la Cigoña, las facilidades concedidas en la consulta de sus respectivas colecciones.

po, definido por la forma de la placa y representado por las letras del alfabeto en mayúsculas. Los signos correspondientes al tipo se separarían de los que atañen al grupo mediante un guión (III-A). Posteriormente se nos plantea la posibilidad de hacer divisiones internas de alguno de los grupos, lo que originaría una serie de variantes individualizadas por números árabes y letras minúsculas, que se separarían mediante puntos (III-A.2.a.1) (fig. 1).

A continuación veremos las variantes morfológicas constatadas hasta el presente en los grupos:

— Placas con formas geométricas simples o con tendencia a ellas; tenemos: A) circulares, B) ovaladas, C) hexagonales, D) en forma de «hélice», E) troncales, F) cruciformes, G) rectangulares y H) triangulares.

— Derivadas de motivos naturalistas; son las placas: I) peltiformes, J) cordiformes, K) foliáceas, L) florales y M) en forma de concha.

Respecto a las variantes, hemos documentado las siguientes:

— Los botones circulares (A), pueden presentar un umbo central (A.1), o no tener umbo (A.2). A su vez pueden tener umbo y estar dentados (A.1.a), o sin dientes (A.1.b), encontrando las mismas posibilidades entre los botones sin umbo (A.2.a y A.2.b). Conjuntamente con el umbo y los dientes, se constata la presencia de perforaciones (A.1.a.1), o la ausencia de las mismas (A.1.a.2). Parámetro este último también aplicable a los que tienen umbo pero no cuentan con dientes (A.1.b.1 y A.1.b.2), a los que están dentados, pero no poseen umbo (A.2.a.1 y A.2.a.2) y, por último, a los que ni tienen umbo ni dientes (A.2.b.1 y A.2.b.2). Bajo la forma (A.3) aglutinamos a los botones cuyo perfil recuerda a un carrete, ya que cabeza y roblón son circulares y aproximadamente del mismo tamaño.

— Entre los botones ovalados (B) existen dos va-

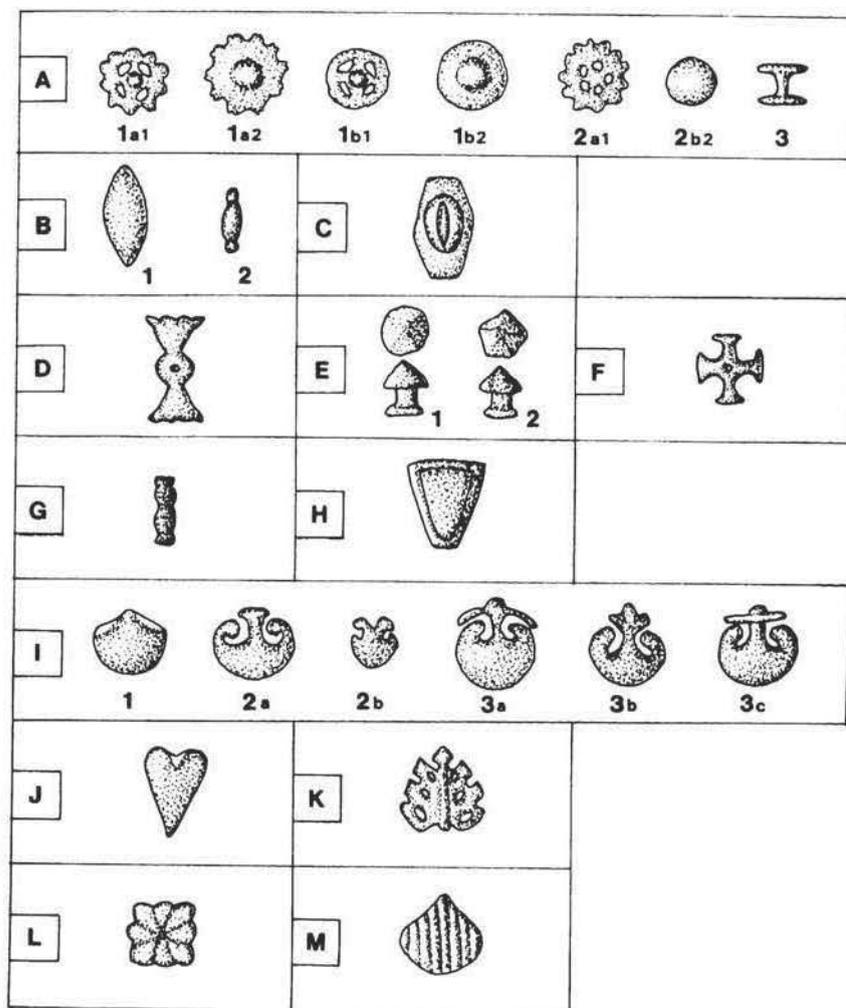


Figura 1.—Cuadro morfológico con la nueva tipología de botones arroblonados propuesta.

riantes distintas: aquellos de extremos simples (B.1) y los que presentan pequeñas esferas en sus remates (B.2).

— Los botones troncales (E) son aquellos cuya figura recuerda el tronco, bien sea de una pirámide o de un cono, quedando abierta también la posibilidad de un cilindro. Hemos constatado dos modalidades principales: aquellos inscritos en la forma de un tronco de cono con base circular y aspecto paraboloide (E.1) y los derivados del tronco de una pirámide de lados y base recta (E.2), encontrando entre estos últimos pirámides pentagonales, hexagonales y de base cuadrada.

— Los apliques peltiformes (I) son los que adquieren una morfología más variada. En primer lugar encontramos las peltas escutiformes, es decir, sin remate superior y sin volutas (I.1). Las peltas con volutas se agrupan entre las que poseen remate superior simple (I.2), o complejo (I.3). A su vez, tenemos apliques peltiformes con remate superior simple de un sólo tallo (I.2.a), o de tallo doble (I.2.b), mientras que los de remate complejo pueden ser: con flor de lis de hojas laterales desarrolladas (I.3.a), con flor de lis de hojas laterales incipientes (I.3.b) y con travesaño superior recto o en forma de ancla (I.3.c). Los botones peltiformes pueden presentar también diseños más complejos, compuestos por varias peltas reunidas en un sólo botón.

La clasificación que proponemos atañe exclusivamente a los botones arroblonados, no teniendo la diversidad de tipos, grupos y variantes connotaciones cronológicas concretas y tampoco relación exacta con su aplicación en los cinturones de cuero o en los arneses equinos, aunque se intentará vislumbrar a través del análisis concreto de las piezas uno u otro fenómeno.

ANÁLISIS MORFOLÓGICO

A) *Los botones circulares (Grupo A)*

Los botones con tres roblones responden a unos parámetros muy similares, ya que los tres ejemplares conocidos carecen de dentados y están decorados mediante la técnica del calado (III-A.1.b.1). Se conocen ejemplares en Fuentespreadas (nº 115 y nº 116) y La Olmeda (nº 117). La técnica del *opus interrasile* la encontramos también en los apliques circulares de un roblón, aunque curiosamente, en la totalidad de los casos conocidos siempre aparecen asociados a la variante I-A.1.a.1, no estando documentada ni entre los botones circulares del tipo I sin dentar, ni entre los apliques con dos roblones.

El uso de la técnica del calado en nuestros bronce merece una consideración detallada. Es un hecho confirmado la extensión de este tipo de decoración por todo el Imperio en su fase tardía, fenómeno explicado por Riegl como el síntoma de un modo de sentir estético, e incluso ideológico, que impregnó a esta etapa y que él denomina «Kunstwolle» (Riegl, 1985, 147). Frente a la linealidad, tan del gusto altoimperial, imperan ahora los cambios de plano. Se adoptan por tanto los recursos decorativos que potencian la ruptura de los planos, como el calado y la excisión.

Fuentes ha interpretado el reiterado uso del calado en los bronce tardorromanos, al analizar sobre todo los broches de cinturón, como significativo de la idiosincrasia hispánica en la concepción del «Kunstwolle» (Fuentes, 1989, 201). Los artesanos hispanos habrían asumido la idea general que primaba en el Imperio, pero optando por una de las técnicas concretas, la del calado, desestimando otras de gran peso específico en otras áreas geográficas, como la excisión o «Kerbschnitt», que gozó de gran popularidad en el Limes germano. Sin embargo, Pérez Rodríguez-Aragón, ha desmentido tal hipótesis, demostrando que ya no se puede hablar de una técnica calada característica de los broches hispánicos, frente a la excisión ultrapirenaica, pues la mayoría de los *cingula militae* de la Galia, Germania o Britania fueron cinturones con broches de placa calada, hasta la llegada de los cinturones anchos con decoración excisa, en época de Valentiniano I (Pérez Rodríguez-Aragón, 1992, 244).

Los botones circulares con dos roblones se agrupan claramente en torno a dos morfologías distintas: la variante II-A.2.b.2 y la II-A.1.b.2. Una primera característica es que, ninguno de los que conocemos, presenta dentados ni calados. Tanto una como otra variante puede ostentar círculos concéntricos incisos, única decoración constatada en esta categoría.

Por último, nos referiremos a los botones de un único pasador. Estos configuran, numéricamente hablando, la mayoría de los ejemplares conocidos pertenecientes a la familia circular. La forma I-A.1.a.2 presenta umbo central y dentados, y en su decoración nunca aparece el calado. El umbo puede adquirir la forma de un pequeño botón, como en un ejemplar del Museo de Linares (nº 12); la de un casquete esférico, así el de la sepultura 100 de Simancas (nº 6); o tomar la apariencia de un apéndice troncocónico, como en el de Aldeanueva del Monte (nº 7). El número de dientes de este grupo es muy variable: seis en el de Simancas, siete en el jiennense, ocho en el de Pompaelo (nº 8) y en el de Aldeanueva

(nº 7), nueve en el de Carpio de Tajo (nº 10), diez en el de la Torre del Mal Paso (nº 9), y quince en el de Monte do Penouço (nº 11). La decoración es siempre muy somera, limitándose casi siempre a círculos incisos. Una característica morfológica que hemos constatado es que la decoración dentada siempre está acompañada de la presencia de umbo. En efecto, las variantes de botones dentados son únicamente la forma I-A.1.a.1 y I-A.1.a.2, que se diferencian solamente en la aparición o no de calados. Además el recurso decorativo del dentado es exclusivo de los botones circulares, ya que no aparece, hasta el momento, en otros grupos.

Los botones circulares simples (I-A.2.b.2) cuentan con una escasa diversidad morfológica. En líneas generales existen tres variedades distintas de cabezas: una semejante a un casquete de esfera, así el de Peña Forua (nº 35); otra totalmente plana, como el de Castillejo (nº 29), y una forma híbrida que es un tronco de cono truncado, constatada en la pieza de la tumba 10 de San Miguel del Arroyo (nº 26).

A la clase de botones circulares simples con umbo (I-A.1.b.2) pertenecen, tanto ejemplares cuyo umbo puede ser un mero abultamiento de la cara externa del botón, o un auténtico cuerpo en forma de casquete esférico. No hemos encontrado ningún espécimen con círculos concéntricos incisos o troquelados, mientras que sí hemos documentado tres con círculos moldurados, como son el de Valeria (nº 20) y los de Magán (nº 18) y Ocaña (nº 17). Líneas incisas radiales presenta un botón de Fuentespreadas (nº 13).

B) *Los botones hexagonales (Grupo C)*

Sólo conocemos un botón peninsular, que posee dos pasadores, hallado en Ocaña (nº 67), aunque podemos asegurar que un rasgo definitorio del tipo es la decoración que ocupa el centro del aplique. Esta consiste en una especie de umbo ovalado, que se abre en el centro mediante una profunda abertura. Los ejemplares extrapeninsulares que conocemos presentan como elemento representativo esta característica ornamentación, interpretada por Boucher al estudiar una pieza de La Saône, como posible representación de los órganos sexuales femeninos (Boucher, 1983, 115, nº 95). Esta tesis parece estar confirmada gracias a la asociación que presentan con los pinjantes fálicos, ya que algunos de estos botones cuentan con una perforación de la que pende un colgante con la forma estilizada del miembro viril, como en un ejemplar de Saalburg. Para Oldenstein, tal asociación es determinante, por lo que los dota de una función claramente apotropaica, siendo

además una de las escasas representaciones de la vulva femenina en el arte romano (Oldenstein, 1976, 137-39, lám. 34).

C) *Los botones con forma de «Hélice» (Grupo D)*

Al igual que sus compañeros hexagonales gozan de buenos paralelos fuera de Hispania. Los apliques en forma de hélice hispanos entroncan directamente con sus hermanos europeos, diferenciándose de estos solamente por una, aunque importante, característica: todos los ejemplares extrapeninsulares que conocemos son apliques que se sujetaban a la tira de cuero mediante clavos, atravesando sendas perforaciones de la pieza (Bullinger, 1969, lám. 8, 6). En Pamplona ha aparecido una pieza de estas características, que pone de manifiesto la existencia de guarniciones de cinturón típicamente ultrapirenaicas en nuestro suelo (Pérez Rodríguez-Aragón, 1992, fig. 3, nº 11). Aparte de este caso, el resto de los apliques hispanos que conocemos son botones que se abrochaban al cuero mediante dos pasadores arroblonados, situados en la parte trasera del aplique (II-D). La decoración característica de estas piezas son los círculos troquelados.

Todo parece indicar la inmersión de *Hispania* en la misma corriente estilística y decorativa que sacudía el Imperio, pero con unos rasgos propios que la diferencian del resto, como es la adopción del sistema abotonado, en vez del remachado o clavado, mayoritarios en otras provincias. La exclusividad del esquema hispano es sólo comprensible desde un punto de vista: la generalización en nuestra zona de los apliques abotonados durante la romanidad tardía, dentro de la misma línea que engloba otros elementos peculiares de la toréutica de la época, como los broches de cinturón arroblonados. Ciertamente, en *Hispania*, se prefirió el botón frente al remache y al clavo. Esta preferencia llevó a aceptar un esquema foráneo, el de los apliques con forma de hélice, pero adaptándolo al gusto mayoritario hispano y convirtiéndolo así en los botones que hemos documentado.

D) *Los botones cruciformes (Grupo F)*

Hasta el momento, conocemos un único ejemplar, procedente de Velilla (nº 50), que ostenta un círculo troquelado central. El ejemplar madrileño entronca directamente con las piezas visigodas de similar morfología, recogidas en el tipo A, grupo II de Molinero, como la de la sepultura 499 de Dura-

tón, o la de la tumba 345 de Madrona (Molinero, 1971, 145). Los especímenes romanos sólo se diferencian de sus análogos visigodos en el sistema de sujeción a la tira de cuero, pues mientras aquellos lo hacen mediante roblón, estos lo realizan gracias a un apéndice perforado. Se puede aventurar la hipótesis de que nuestros botones cruciformes podrían ser el precedente de los apliques visigodos posteriores. Por último, dentro de la metalisteria de época romana, este motivo decorativo lo conocemos aplicado tanto a los pasacorreas, como a los apliques claveteados e incluso a los botones arroblonados, algunos de los cuales presenta decoración esmaltada (Dawson, 1989, fig. 4; Sellye, 1939, lám. 7, 19).

E) *Los botones peltiformes (Grupo I)*

La popularidad de que gozaron los motivos peltados durante el Imperio Romano, quizá se deba a las connotaciones mágicas que se les atribuían y que los convertían en muy adecuados para el aderezo, tanto humano como equino. Como señaló ya Caballero, la morfología inicial de la pelta está próxima a los escudetes de lados curvos, en los que todavía no se han desarrollado los extremos hasta conformar volutas (Caballero, 1974, 101).

Fuentes incide en la evolución que sufren las piezas en pelta, desde el modelo naturalista inicial hasta otros más esquemáticos, aunque reconoce que dicha evolución carece de valor cronológico, pues en Fuentespreadas aparecen peltas de tipos distintos (Fuentes, 1986, 326). El desarrollo estilístico que propone, desde nuestro punto de vista, sería inexacto si tenemos en cuenta la aparición de botones peltiformes de remate sencillo en la sepultura de la Vega Baja de Toledo, correspondientes al Altoimperio, y la utilización sincrónica, a mediados del siglo II en la zona del Limes, de casi todas las variantes constatadas en el presente estudio (Oldenstein, 1976, 178-185). Para poder realizar afirmaciones a este respecto sería necesario contar con ejemplares hispanos bien datados, que demostraran una evolución en el tiempo, o un análisis de estilos por talleres que avalaran la presencia de distintas tendencias estilísticas. Por desgracia, no estamos en disposición de realizar estos estudios, pues las piezas con cronología segura son escasas y en nuestro país todavía no es practicable un análisis de estilo.

La variante I.1 es un grupo muy homogéneo, destacando aquellas piezas con escudetes dobles, siempre dispuestos longitudinalmente a lo largo de un eje y rematados por molduras, como la pieza de Seseña (nº 81). Los botones peltiformes de remate

superior simple con un sólo tallo (I.2.a), pueden ir desde un apéndice explayado, así la pieza de Titulcia (nº 51), y la del M.A.N. (nº 92), hasta un minúsculo resalte, como en la de Carrascosa del Campo (nº 84). Los apliques arroblonados con flor de lis de hojas laterales desarrolladas, inscritos en la variante I.3.a, suelen disponer de unas amplias volutas y unas hojas que siguen el perfil externo de las mismas, teniendo un buen representante en la pieza de La Olmeda (nº 95). Sin embargo en los de la forma I.3.b, las hojas laterales apenas se insinúan mediante unas escotaduras en el tallo terminal, así en el de Duratón (nº 98). Los peltiformes con remate en forma de ancla (I.3.c) pueden presentar un apéndice y travesaño destacado, como los de la tumba de Fuentespreadas (nº 104-107), o estar unidos a las volutas, como en el de Maqueda (nº 109).

F) *Los botones cordiformes (Grupo J)*

Botones acorazonados los tenemos con uno y con dos pasadores (I-J y II-J). Una característica que llama la atención a primera vista es la ausencia de cualquier decoración superflua. Sólo el botón de Castillejo (nº 111) presenta un pequeño apéndice inferior con tres escotaduras.

Los motivos cordiformes son habituales dentro de la cultura romana, estando directamente relacionados con las hojas de hiedra, aspecto ya señalado por Caballero (Caballero, 1974, 100). Por nuestra parte añadiremos que, desde el punto de vista estilístico, se encuentran relacionados con un grupo de piezas que sirvieron de ornamento para arneses y cinturones, y que se encuentran dispersos por amplias zonas del Imperio. Basta citar unos cuantos ejemplos para darse cuenta del fenómeno: el pasacorreas de Concarneau (Rennes), en todo semejante a nuestros botones salvo en la anilla de fijación posterior, que sustituye a los roblones de nuestras piezas (Bousquet, 1965, 340, fig. 27); algunos pinjantes de falera, como el hallado en la villa de Saint-Ulrich (Lutz, 1972, 60, fig. 11, núm. 7), o las lengüetas terminales de algunos cinturones tardorromanos. Caben destacar, en este último sentido, la lengüeta terminal de un cinturón de Tamuda (Boube, 1960, 376, lám. 9, f), y la de Vermand (Bullinger, 1969, 7, fig. 18).

FUNCIONALIDAD DE LAS PIEZAS

La relación entre los botones, los broches de cinturón y los bronceos de atalaje es evidente, ya que

tanto unos como otros gustan de la decoración calada, presentan remates dentados o apéndices esféricos y se sujetan a las tiras de cuero mediante botones arroblonados. De ello se desprende que las analogías formales y decorativas entre los botones y el resto de las piezas que a menudo complementaban, no son útiles para establecer la vinculación concreta entre estos y las piezas de arnés o cinturón. No hay que olvidar que todos estos objetos responden a una misma koiné broncística, por lo que comparten idénticas formas decorativas y medios constitutivos técnicos.

Para aclarar la funcionalidad de estos botones hay que volcarse en cada caso concreto, no pudiéndose establecer unos patrones fijos. Si es factible, sin embargo, fijar ciertas normas esclarecedoras del uso a que estuvieron destinados, aunque sin tomarlas nunca como definitivas, a no ser que varias de ellas sean coincidentes. Dos de estas normas son de tipo físico: una de ellas formal y otra dimensional. Respecto al tamaño, éste puede ser determinante, pero solo cuando nos encontramos ante dimensiones extremas, ya que un módulo superior a los 5 cm., puede presuponerse que es inadecuado para el aderezo humano pero apto para el equino.

Desde el punto de vista formal, la presencia de roblones, y en concreto el número y aspecto de los mismos, puede servir también para fijar la utilidad. Ya Caballero intentó establecer una definición del empleo de estos botones, en base al número de roblones que presentaban. Al unir los extremos de las correas por medio de ojales supuso una relación directa entre el número de pasadores y las correas a imbricar (Caballero, 1974, 104-105). A esta propuesta de Caballero se le puede objetar el carácter decorativo de estos apliques, que no siempre tendrían un sentido funcional, como en el conocido cinturón de Ténès (Heurgon, 1958, lám. 3, 3).

El mero echo de utilizar preferentemente apliques con roblones posteriores y no hebillas para abrochar correas, nos pone sobre la pista de una característica básica de los arneses de bocado hispano, en la que hasta ahora nadie había reparado. Es frecuente encontrar en los ajuares equinos del resto del Imperio pequeñas hebillas, ajustadores o presillas que servían para unir y ajustar las correas (Bishop, 1988, 100-103, fig. 50-51 y 54-55). Sin embargo, las cabezadas completas que han aparecido en *Hispania*, como la de la tumba toledana (Palol, 1970), o la de la necrópolis de Fuentespreadas (Caballero, 1974), no presentan estos elementos. Al mismo tiempo, también se echan de menos en la arqueología peninsular los hallazgos de estas pie-

zas, frente a la sobreabundancia de apliques para abotonar, camas de freno, faleras y demás enseres de atalaje. Las características hebillas de arnés, tan usuales en Marruecos y en otras zonas donde han sido publicados sistemáticamente elementos de atalaje (Boube-Piccot, 1980, 248-252, lám. 89-90), o los mosquetones y presillas, son casi desconocidos en nuestro suelo. Este rasgo nos pone sobre la pista de la importancia real que los botones tuvieron en la cultura hispanorromana, donde posiblemente sirvieron de sustitutos a las hebillas de atalaje. Ello implica un sistema de abotonadura, y no de cierre mediante hebillas, en todas las correas o al menos en la cabezada, que estarían previamente perforadas a distancias regulares.

La última norma para interpretar el uso de estos botones es de carácter arqueológico. Nos referimos, en concreto, a las piezas que han aparecido en un contexto arqueológico cerrado, como el enterramiento de la Vega Baja de Toledo. Este es el caso más completo de cabezada aparecida en la zona carpetana y uno de los más interesantes de toda la Península Ibérica, debido sobre todo a su datación dentro del siglo II, lo que le convierte en el ejemplar más antiguo, hasta el presente, de toda la serie hispana. El ajuar funerario fue objeto de una publicación por el prof. Palol (Palol, 1972, 133-146), pero en dicho trabajo y en todos los que conocemos, se ha obviado una parte del material hallado en la sepultura y que consideramos de vital importancia para restituir el arnés de cabezada que tratamos. Nos referimos a cinco botones peltiformes con dos roblones (II-1.2.a), que han permanecido inéditos en el Museo de Santa Cruz, posiblemente debido al estado sumamente fragmentario que presentan.

La cabezada depositada en la tumba pertenece al tipo más característico y documentado de la caballería hispana. Estaba compuesta por un freno, constituido por un bocado articulado, al que acompañaban dos camas laterales y otros tantos pasadores dobletroncocónicos, y una serie de botones. Un mismo modelo decorativo hermana a las camas y botones, ya que ambos siguen el esquema de la pelta. En la sepultura no aparecieron las pequeñas hebillas, propias de los arneses, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que las correas se abotonaran por medio de los apliques arroblonados. Si consideramos que el número de botones de la cabezada eran seis, de los que sólo hemos podido reconstruir cinco debido al estado de conservación en el que se encuentran, y los distribuimos en una cabezada romana convencional, en los puntos de unión o refuerzo del correaje, resultaría la siguiente composición: frontalera,

testera, quijera, ahogadero, muserola y correa de unión entre frontalerá y muserola, a lo que cabría añadir un posible montante de muserola (fig. 2). En líneas generales, como se puede observar, el esquema es comparable a la cabezada que muestra la estatua ecuestre de Pollentia, coincidiendo no sólo en el correaje, sino también en el paralelismo entre la posición de los apliques de éste y los botones de aquel.

A) Botones con tres roblones (Tipo III)

Son los botones que ofrecen mayores garantías a la hora de fijar la labor que desempeñaron. Sus dimensiones, siempre mayores de 7 centímetros, nos confirman que son bronceos de atalaje. De los cuatro ejemplares conocidos, dos de ellos aparecieron en la sepultura de Fuentespreadas, asociados, pues, a los dos frenos equinos del mismo enterramiento (nº 115 y nº 116). Etimológicamente, a estos apliques cabría denominarlos mejor con el apelativo de petrales o gruperas, ya que su posición dentro del arnés equino debió corresponder a una de las faleras que unen tres correas de las que sujetan la silla. Concretamente podían estar situados en: a) la unión entre la media gamarra y la correa del pecho; b) la juntura entre la correa del pecho y las de los hombros; c) imbricando las correas del anca y la grupera.



Figura 2.—Reconstrucción hipotética de la cabezada equina, depositada en el enterramiento de la Vega Baja de Toledo.

La identificación de nuestros botones como faleras de petral o grupera, está avalada mediante la analogía formal que presentan con las faleras altoimperiales, que en vez de roblones poseen apéndices anillados. En concreto los botones de tres ojeteos son asimilables a las faleras con tres anillas, que constituyen el tipo 4a y 4b de Bishop (Bishop, 1988, 95, fig. 42). Con ellas comparten la disposición exacta de los tres puntos de anclaje, a distancias equidistantes. Bishop identifica las faleras de esta clase como pertenecientes a las uniones de las correas de los hombros o el anca.

Desestimamos la colocación de estos botones del tipo III en las cabezadas de los equinos por varias razones. En primer lugar debido a su tamaño, como el hallado en Villaviudas (nº 118), con casi 9 centímetros de longitud, dimensión exagerada para la cabeza de un equino. Su posición dentro de la cabezada podría corresponder a la intersección entre las correas frontalerá, testera y quijera, punto para el que, sin embargo, creemos más conveniente un botón de dos pasadores, como ya hemos visto, o un aplique anillado. Estos apliques anillados están presentes, por ejemplo, en la tumba de Fuentespreadas (Caballero, 1974, fig. 20, 15-17), y en la reconstrucción que hemos efectuado de los arneses de esta sepultura, nos encajan perfectamente en la unión de las correas mencionadas, tanto por sus dimensiones como por la versatilidad que permiten en la dirección de las correas (fig. 3).

B) Botones con uno o dos roblones (Tipos I y II)

Conectados directamente con los botones circulares de tres roblones que acabamos de ver, se encuentran los de un roblón en su variante I-A.1.a.1. La relación entre uno y otro grupo ya la establecimos al hablar de la morfología, y ahora queremos reafirmar esta vinculación desde el punto de vista funcional, ya que la mayoría, si no la totalidad de estos botones, parecen estar adscritos al horizonte de los atalajes. Para ello nos basamos en una serie de premisas, como son la exagerada robustez del roblón y la altura del mismo. Respecto a la altura, tomada ésta desde el umbo del botón hasta la zona extrema del pasador, oscila entre 1,5 y 2 cm., lo que significa que son botones con un pasador alargado y macizo, aptos por tanto para abrochar una correa muy gruesa, o un conjunto de varias tiras. Las dimensiones de estas piezas pueden agruparse en torno a dos valores homogéneos, uno de los cuales oscila entre 3-3,5 cm de diámetro, lo que les convierte en idóneos para ser colocados en la unión de la fronta-

lera, la quijera y la testera o el ahogadero. Los botones más pequeños, aquéllos que miden alrededor de 2 cm. de diámetro, también tienen una gran altura, desproporcionada en este caso respecto a las dimensiones generales del botón, pues miden entre 1,4 y 1,7 cm. de alto.

Los botones circulares simples con dos pasadores (II-A.2.b.2), debieron pertenecer también al ajuar del equino. Para ello nos basamos, nuevamente, en el aspecto de los pasadores y en el diámetro de las piezas, que generalmente sobrepasan los 4 cm., llegando en el caso del de Iruña a los 5,4 cm. (nº 58), y a los 6,4 cm. en el de La Olmeda (nº 57). Piezas idénticas han aparecido entre los elementos de arnés de los túmulos de Celles-Lez-Varemme (Boube-Piccot, 1980, 167-168). La variante con umbo (II-A.1.b.2), ha sido constatada en ambientes similares, por lo que citaremos únicamente los botones del carro de Frenz (Lehner, 1923, 43, fig. 4, 3).

Junto a estos botones circulares, para los que hemos podido aventurar una función, se encuentran otros cuyo uso versátil nos impide establecer conclusiones. Los apliques con un roblón y cabeza dentada con umbo (I-A.1.a.2), debieron tener un uso más heterogéneo. Uno de ellos apareció en el enterramiento número 100 de Simancas, asociado a un cuchillo del tipo homónimo al de la necrópolis y es interpretado por Palol como perteneciente a la correa del cinturón (nº 6). La mayoría de los botones de esta categoría cuentan con unas dimensiones pequeñas, entre 2 y 2,5 cm. de diámetro. Idéntica versatilidad parece corresponder a los botones simples con un pasador (I-A.2.b.2). En la sepultura 10 de San Miguel de Arroyo apareció uno de ellos, que Palol asocia al cinturón (nº 26). No obstante, este grupo es demasiado heterogéneo como para que podamos establecer conclusiones definitivas en base al hallazgo de este enterramiento, ya que, dimensionalmente existen grandes diferencias entre unos ejemplares y otros. Así, tenemos el botón de Sant Josep (nº 36), con 6,6 cm. de diámetro y que debió utilizarse en el arnés de un equino. Otro de Fuentespreadas (nº 25), con 4,6 cm., lo hemos situado en nuestra reconstrucción de los atalajes depositados en la tumba (fig. 3).

Para los botones en forma de carrete (I-A.3), no tenemos ningún elemento arqueológico que nos avale la función concreta que desempeñaron, pero las reducidas dimensiones que presentan todos los ejemplares conocidos, entre 1,5 y 2 cm., nos inclinan a pensar que son más propios de un cinturón. Así mismo, fuera de nuestras fronteras suelen estar asociados a cinturones militares.

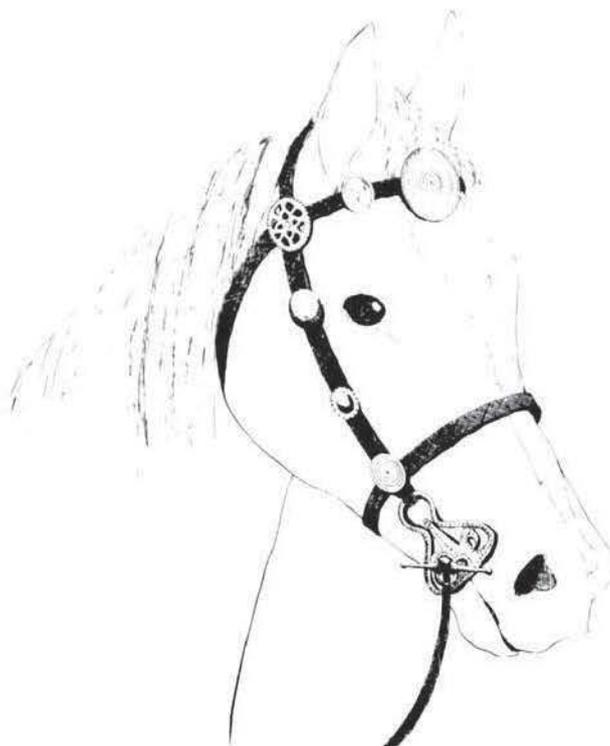


Figura 3. Reconstrucción hipotética de una de las cabezadas de la sepultura 1 de Fuentespreadas (Zamora).

Para los grupos de botones ovalados, hexagonales, con forma de hélice, etc., no contamos con datos concretos en Hispania que nos avalen su funcionalidad. Los paralelos morfológicos con sus congéneres del resto del Imperio parecen indicar una diversidad de empleos. Mientras los apliques en forma de hélice están exclusivamente vinculados con el ornato de los cinturones tardorromanos, los botones hexagonales y ovalados han sido documentados de forma preferente en relación con los equipos equinos, como el carro de Frenz (Lehner, 1923, 43, fig. 4, 3).

Los botones peltiformes debieron emplearse para usos muy diversos. Son sin duda de atalaje, dado su tamaño, los escutiformes (I.1) de Ocaña (nº 78) y La Olmeda (nº 75), mientras que otros, como el de Estremera (nº 77), pudieron haber ornado algún cinturón. También para el atalaje debió emplearse el de Carrascosa del Campo (nº 84) y, sin duda, como ya pudimos ver, los de la Vega Baja (nº 85-90), adscritos todos a la variante I.2.a. (fig. 1). Para el arnés equino se emplearían, así mismo, algunos de la forma I.3.a. Al menos con certeza los de La Olmeda (nº 95), M.A.N. (nº 96), Fuentespreadas (nº 93) y Veguilla de Oreja (nº 119). Respecto a la documentación extrapeninsular que se posee, se conocen

multitud de casos en los que botones peltiformes de variados tipos se emplearon tanto para piezas de arnés, como para decorar cinturones.

LA CRONOLOGÍA

Los botones circulares con tres roblones (III-A.1.b.1) cuenta con parámetros temporales bastante seguros. Dos de las piezas fueron halladas en la sepultura de Fuentespreadas, asociadas a un contexto material de la segunda mitad del siglo IV d.C. (nº 115 y nº 116). Otra fue encontrada en el cuadro 22 de la villa de La Olmeda (nº 117), junto con un importante lote de cerámica hispánica tardía. Esta cronología parece estar confirmada, aparte de por las fuentes arqueológicas, por los recursos decorativos empleados, el típico *opus interrabile* de fines de la romanidad, con unos motivos que también encajan en esta época, como son los arcos de herradura. Tales motivos tienen su paralelo más cercano en los cinturones con hebilla zoomorfa y placa calada de la última mitad de la cuarta centuria, y en los broches tipo Simancas.

Apliques circulares con dos pasadores (II-A.2.b.2), han aparecido en excavaciones científicas. Así el de Cástulo (nº 62) encontrado en el sector V, nivel II; el del sector H de Iruña (nº 58), o el de la habitación 11 de La Olmeda (nº 57). A pesar de esta circunstancia, no tenemos fechas absolutas para ninguno de los casos. El nivel segundo de Cástulo parece ser un estrato fechable en el siglo III d.C., aunque con posible perduración (Blázquez et alii, 1984, 232); el de Iruña esta adscrito a un sector donde abundan las cerámicas tardías del siglo V, mientras que el de Palencia está relacionado con una conocida villa, de gran vitalidad durante la época tardorromana. Otro botón de esta clase es el hallado en Los Tolmos (nº 60), asociado a un enterramiento fechado entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo V d.C. (Jiménez Martínez, 1979, 102), aunque la pieza que comentamos apareció entre la tierra que cubría la tumba. Todo parece indicar que estos apliques arroblonados pertenecen a la romanidad tardía, o al menos en ese momento disfrutaron del mayor auge. Por último, en la cueva sepulcral de Ereñuko Arizti apareció un ejemplar (nº 59), acompañado de un ajuar de carácter autóctono. En otras partes del Imperio está constatado su empleo, al menos, desde el siglo III, como en Mediolanum (Bonnet, 1989, 202), siendo para algunos autores, propios de los arneses equinos de la tercera centuria (Bishop y Coulston, 1993, 157, fig. 112, 5). En las provincias germanas son un elemento característico del tercer siglo, remontán-

dose la fecha inicial de su utilización hasta el 180-190 d.C. (Oldenstein, 1976, 186-187, lám. 56).

Conectados con los ejemplares que acabamos de ver, se encuentran los botones circulares con dos roblones y umbo (II-A.1.b.2). Aunque sólo se conocen dos ejemplares, uno de ellos, el de Vilauba (nº 56), se encuentra bien datado. Apareció inmerso en la fase III de la villa, adscrito a la primera mitad del siglo IV, concretamente entre el 325 y el 350 d.C. Esta cronología se acerca a la de sus compañeros extrapeninsulares, que se fechan en Germania durante la tercera centuria (Oldenstein, 1976, 172-173, lám. 49). Bishop incluye estos botones entre las guarniciones de cinturón características del siglo III d.C. (Bishop y Coulston, 1993, 152-153, fig. 108, 17).

Apliques circulares de un pasador, con umbo y dientes (I-A.1.a.2), se han constatado en ambientes claramente tardíos, como el encontrado en la sepultura número 100 de Simancas (nº 6), con un ajuar datado entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo V d.C. En el sector D, nivel 2, de las excavaciones de la Torre del Mal Paso, apareció otra pieza (nº 9), esta vez en un estrato fechado aproximadamente en la primera mitad del siglo III d.C., lo que retrasaría la cronología inicial.

Hacia fechas igualmente tardías apuntan los datos que poseemos sobre los botones circulares simples de un roblón (I-A.2.b.2). El de la sepultura 10 de San Miguel del Arroyo (nº 26), es datado por Palol en la segunda mitad del siglo IV. Igual temporalidad es la adjudicada por Caballero para los de Fuentespreadas (nº 22-25). Una pieza excepcional, por la decoración incisa que representa el rostro de un león, es el botón de la villa de Cab Bosch de Basea (nº 41). Apareció en la zona del hipocausto, junto a sigillata hispánica tardía y monedas de Máximo y Valente, dentro de unos niveles revueltos pero claramente atribuibles a un horizonte del siglo V d.C. Igualmente tardorromano sería el hallado en la sepultura 3 de Simancas (nº 27). La pieza aparecida en el enterramiento 64 de la necrópolis visigoda de Segóbriga puede tratarse de una reutilización (Almagro Basch, 1975, 44-45). En otras provincias romanas está constatada su utilización a partir de los años 50-75 d.C. (Feugère y Tendille, 1989, 154), haciéndose muy populares en los inicios de la tercera centuria y continuando en uso durante, al menos, todo ese siglo. Esta cronología está confirmada debido a su empleo en los cinturones con hebillas anulares, propias del ejército del Limes en este momento (Oldenstein, 1976, 167-169, lám. 46). Para *Hispania* contamos con un ejemplar, procedente del campamento romano de Cidadela (Coruña), en uso durante la segunda mitad del siglo III e inicios de la

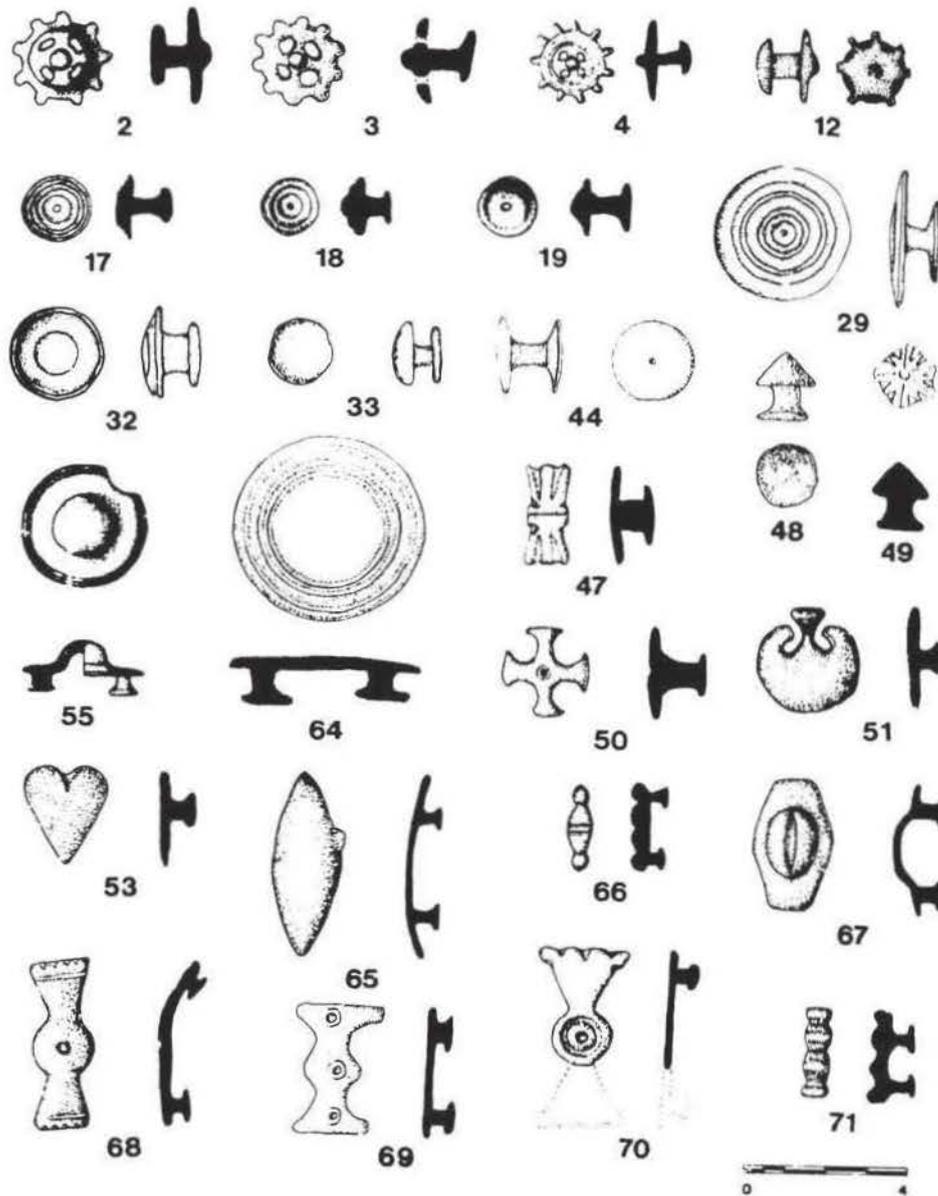


FIG. 4

Figura 4.—Botones hispanorromanos inéditos (los números se corresponden con los del inventario).

centuria siguiente (Caamaño. 1984, 247, fig. 10, 4), que encaja en la dinámica temporal que hemos constatado para las piezas extrapeninsulares, siendo posiblemente un auténtico representante de estos elementos militares en nuestro suelo.

A la categoría de los botones circulares con umbo y un pasador (I-A.1.b.2), parece corresponderle también una cronología tardía. Dos de Peña Forua (nº 15 y nº 16) están relacionados con un asentamiento en cueva, fechado entre la segunda mitad del siglo IV y el siglo V. Esta datación está confirmada por los hallazgos de las necrópolis tardías de Simancas (nº 14) y Fuentespreadas (nº 13).

Para acabar con el grupo de botones circulares, nos referiremos a los que tienen forma de carrete (I-A.3). No poseemos datos cronológicos exactos para ellos, si exceptuamos el hallado en Fuentespreadas (nº 43), de la segunda mitad del siglo IV d.C., y la inserción del tipo entre los característicos de la tercera centuria por Bishop (Bishop y Coulston. 1993, 152-153, fig. 108, 12). Por su parte, Oldenstein, para las provincias germanas, fecha los inicios de su utilización a fines de la segunda centuria, aunque la mayoría de los hallazgos se concentran ya en el siglo siguiente (Oldenstein. 1976, 170, fig. 47).

Para el grupo de los apliques arrobionados de

dos pasadores con cabeza ovalada (II-B.1) y en forma de «hélice» (II-D), no contamos con datos temporales seguros en Hispania. El único botón ovalado que conocemos, procedente del Cerro de los Angeles (nº 65), podría encuadrarse dentro de la etapa tardía, a tenor de su paralelo más cercano, un aplique de las mismas características, pero fabricado en hierro. Este otro ejemplar fue hallado en el vertedero bajoimperial de Tarraco (Ruiz de Arbulo, 1989, 385, fig. 212, 11.4). Sin embargo, este tipo de botones ya eran conocidos en los ambientes militares hacia el 130-150 d.C., estando en uso, como mínimo, hasta los inicios del siglo siguiente (Oldenstein, 1976, 188-190, fig. 58). Los botones en forma de hélice hispanos son idénticos a los apliques extrapeninsulares, datados en la época tardorromana, salvo en la presencia de roblones, por lo que les suponemos una temporalidad semejante. Estos apliques en «hélice» o «clepsidra» surgen como guarniciones de los *cingula* militares de la primera mitad del siglo IV, aunque gozaron de mayor popularidad durante su segunda mitad, entre los broches calados tipo Gala o Champdolent y las guarniciones excisas. El modelo pervivió durante la primera mitad del siglo V, asociado ahora a los cinturones con decoración troquelada.

Respecto a los botones hexagonales (II-C), tampoco contamos con dataciones concretas en nuestro suelo, aunque sí diremos que Bishop los incluye entre los arneses propios de la tercera centuria (Bishop y Coulston, 1993, 157, fig. 112, 14). Es curioso observar que la distribución espacial de estos botones hexagonales por el Imperio está restringida al área galo-germana, dato constatado por Oldenstein, que a su vez sitúa la cronología inicial de estas piezas en la segunda mitad del siglo II (Oldenstein, 1976, 137-139). La aparición de una pieza de este tipo en Ocaña (nº 67) cobra así una mayor importancia, pues hasta el momento los ejemplares hallados fuera de la zona galo-germana son raros, estando sólo constatados en Dacia, Holanda y Bélgica.

Los botones rectangulares moldurados (II-G) y la variante de pequeños botones ovalados rematados por esferas (II-B.2), son bien conocidos en las Galias, donde se encuentran ejemplares idénticos a los hispanos, aunque no se ha fijado para ellos su temporalidad concreta (Fauduet, 1992, 102-109). Para la variante rectangular (II-G), en Dacia se les asigna una datación inicial de fines del siglo II, a tenor de las piezas halladas en campamentos, si bien hemos de matizar que son ejemplares claveteados y no arroblonados (Dawson, 1989, 350, fig. 5).

El único ejemplar que conocemos de botón ornamentado por una rosácea de ocho pétalos (I-L),

fue hallado en las excavaciones de la iglesia parroquial de Sasamón, en su nivel III. Dicho estrato cuenta con una cronología que abarca desde inicios del siglo I, hasta finales del siglo II, estando caracterizado por TSI, TSG, TSH, cerámica de paredes finas y pintada de tradición indígena (Abásolo y García, 1993, 100-109). Esta datación coincide con la asignada, fuera de nuestras fronteras, para piezas semejantes, ornamentadas también mediante una roseta, si bien la forma del botón es circular. Los ejemplares extrapeninsulares se fechan a partir de la mitad del siglo II, hasta todo el siglo III (Oldenstein, 1976, 168, fig. 46, nº 483-484).

Entre los botones peltiformes hispanos, la variedad escutiforme (I.1), con hojas laterales desarrolladas (I.3.a) y la ancoriforme (I.3.c), debían estar simultáneamente en uso durante la última mitad del siglo IV, pues todas ellas están representadas en Fuentespreadas. Curiosamente, las tres mismas formas están también presentes en la villa tardorromana de La Olmeda, aunque sin contexto estratigráfico definido. La cronología tardía de la modalidad escutiforme (I.1) se atestigua nuevamente en Peña Forua (nº 79), así como la de la ancoriforme (I.3.c) en La Nuez de Abajo (nº 107). El único dato cronológico que conocemos para los botones sin hojas laterales (I.2.a), son las piezas de la tumba toledana, fechados en el siglo II. Sin embargo, los botones peltiformes arroblonados, con volutas, eran comunes en todo el Imperio durante los siglos II al IV. Los botones del grupo I.2.a eran ya conocidos en los campamentos alemanes hacia el 150 d.C., mientras que los adscritos a la forma I.3.b parecen ser algo posteriores, 180-190 d.C., aunque podrían remontarse a la mitad de la segunda centuria (Oldenstein, 1976, 179-184, fig. 53). Böhme ha llamado la atención sobre la concentración cronológica y espacial de los botones I.2.a en la región de Aisne-Marne durante la segunda mitad del siglo IV (Böhme, 1986, 42-44). No obstante, la temporalidad de los apliques peltados es tan amplia que no pueden establecerse, por el momento, conclusiones válidas ante casos aislados que no presenten un contexto material o estratigráfico definido.

El uso de varias peltas yuxtapuestas en la misma pieza, disfruta de idéntica cronología, pues su uso está constatado a fines del siglo II, o comienzos del siglo III, en Germania (Oldenstein, 1976, 181), encontrándose no solo como motivo decorativo de los botones que tratamos, sino también de piezas más valiosas, como los medallones y las faleras del siglo IV, uno de cuyos ejemplares se ha encontrado en Varea (Espinosa y Noack, 1991, 170-183).

Botones escutiformes simples (II-I.1) están do-

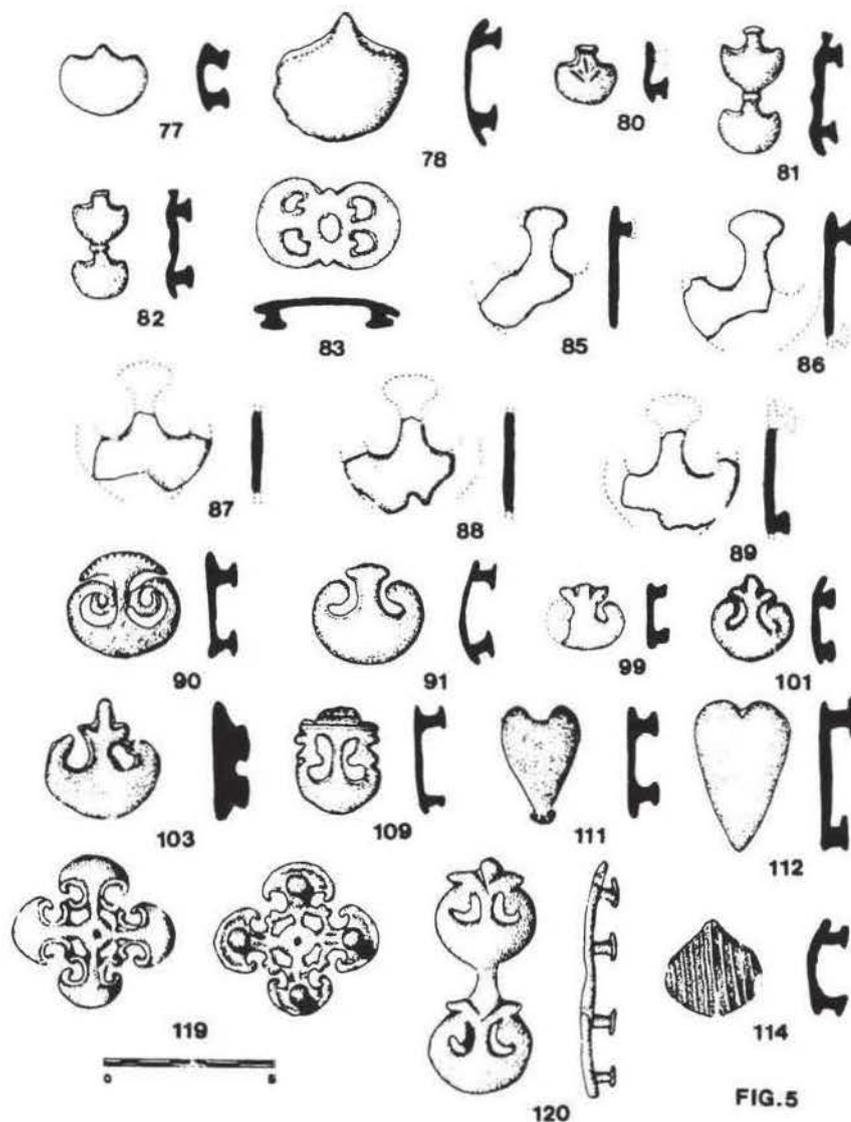


Figura 5.—Botones hispanorromanos inéditos (los números se corresponden con los del inventario).

cumentados en las Galias desde los siglos II-III d.C., aunque aparecen mucho más frecuentemente en las necrópolis del Bajoimperio (Bonnet et alii, 1989, 203). Para Germania, Oldenstein los aglutina con nuestro grupo M, denominando al conjunto mediante el término «apliques con forma de concha», y les dota de una cronología inicial de fines del siglo II, a inicios del siglo siguiente (Oldenstein, 1976, 185-

186, fig. 57). Respecto a los botones con doble pelta escutiforme, los que disponen las peltas seguidas y rematadas por una moldura, como el de Seseña (nº 81), parecen ser exclusivamente hispanos. Estos registran evidentes semejanzas formales con algunos apliques claveteados de las guarniciones excisas características de finales del siglo IV, e inicios del siglo V d.C. (Bullinger, 1969, lám. 7, nº 5), uno

de cuyos representantes ha sido hallado en *Hispania*. Nos referimos a la pieza de Sant Vicenc d'Enclar (Pérez Rodríguez-Aragón, 1992, fig. 2, nº 9). Existe otra forma de disponer las peltas, contraponiéndolas, como nuestro ejemplar toledano (nº 83), esquema que es muy común en otras partes del Imperio, donde se ha fijado su temporalidad inicial a mediados del siglo II d.C. (Oldenstein, 1976, 184-185, fig. 54-55). En Marruecos se ha encontrado una pieza inacabada de esta categoría, que documenta la fabricación local en una zona próxima a nuestra provincia (Boube-Piccot, 1980, 334, lám. 118, 584).

COMPOSICIÓN METÁLICA Y PROCESO DE FABRICACIÓN

Ya se conocían para este tipo de piezas algunos resultados obtenidos por análisis químico (números 22, 23, 43, 93, 94, 104 y 115) y ofrecidos por Madroñero de la Cal (Madroñero, 1985). Por nuestra parte, se ha efectuado una selección representativa de los botones que presentamos en esta publicación, los cuales sometimos a análisis mediante técnica espectrométrica, cuyos resultados concretos se encuentran reflejados en el inventario².

Entre el total de los ejemplares hispanos, sólo se han documentado dos piezas que pueden ser consideradas como bronce, aunque con un bajo contenido en estaño (entre 2 y 4 por 100) y un alto índice de cobre, en torno al 95 por 100. Nos referimos a los botones de Fuentespreadas números 104 y 23.

Por lo general es difícil encontrar bronce o latones puros, ya que generalmente se combinan con pequeñas cantidades de otros metales. Así, encontramos los bronce terciarios, en cuya composición se albergan tres elementos: cobre, estaño y plomo. Los bronce terciarios son de dos clases distintas, dependiendo de que predomine el plomo o el estaño, dando lugar respectivamente a bronce «plomados» y bronce «estañados». En el proceso de fundición era primordial obtener una mezcla con buena colabilidad, es decir, que el metal fundido tuviera la fluidez suficiente como para rellenar todos los recovecos del molde, efecto necesario en el moldeo de pequeñas piezas con detalles decorativos, como

en el caso de nuestros botones. La adición de pequeñas cantidades de plomo, entre un 5 por 100 y un 15 por 100, lograba este propósito (Picon, 1966, 192), aunque el mismo resultado comentado se obtenía también, mediante el añadido de cinc, entre un 2 por 100 y un 4 por 100, (Charbonneaux, 1958, 6). En las piezas hispanas hemos comprobado que el aleante intencionadamente buscado es el plomo, en vez del cinc, en aleaciones terciarias de bronce plomado. Bronce plomados son todas las botones circulares, dentados y calados (A.I.a.1), como el de Velilla (nº 2) y La Bienvenida (nº 1). Entre los botones circulares simples, también encontramos este tipo de bronce con plomo (nº 33), aunque algunos cuentan con un bajo porcentaje de cinc, pero sin llegar a conformar bronce cuaternarios, como el de Castillejo (nº 19) y Velilla (nº 55). Bronce plomados son, así mismo, los ejemplares peltiformes de Estremera (nº 77), Seseña (nº 81) y Fuentespreadas.

Cuando en una aleación se aglutinan los cuatro metales, cobre, estaño, plomo y cinc en un porcentaje superior a la unidad, nos encontramos ante bronce cuaternarios. Estos últimos también se denominan latones sucios, siendo característicos de bronce realizados con mineral sucio y aleaciones en las que participan piezas de refundición o desecho. En ambos casos, el control porcentual por parte del bronceista es forzosamente escaso. Bronce cuaternarios sólo hemos localizado dos: un botón cordiforme de Castillejo (nº 111) y otro peltiforme de Seseña (nº 101).

Ninguna de las muestras analizadas puede calificarse como latón.

Respecto al proceso de fabricación, todas las piezas parecen ser producto de fundición en molde, de donde saldrían con los roblones sin diferenciar, formando un único bloque, tal y como demuestra el botón inacabado nº 103. Posteriormente serían sometidos a un intenso trabajo de acabado en frío, en donde se perfilarían los contornos, como las volutas de las peltas, se eliminaría el metal que une los pasadores, y por último se realizarían los pequeños matices decorativos, como los círculos troquelados y los dentados realizados con lima. Si éste es el método habitual de fabricación, existe otro, menos representado, que consiste en el fundido de la pieza, con dos apéndices traseros, a los que se incorporan después las cabezas de los roblones. Estas se fabrican a partir de una lámina recortada y son fijadas posteriormente a los apéndices, mediante una espiga en forma de pequeño clavo que atraviesa la cabeza y se inserta en un rehundido del vástago, completándose la unión mediante soldadura.

² Los análisis se realizaron en el I.C.R.B.C. con un espectrómetro KEVEX mod. 7000. Parte de estos análisis pudieron realizarse gracias al proyecto precompetitivo de la U.A.M. «La cultura material romana en la Submeseta Sur», dirigido por Dña. Carmen Fernández Ochoa, a quien manifestamos nuestro agradecimiento.

CONCLUSIONES

La mayoría de los botones hispanos tuvieron su origen en los apliques y guarniciones característicos del siglo III entre las tropas auxiliares, como el resto de sus congéneres del Imperio. A partir de aquí podemos distinguir tres grupos de piezas: las que siguen de cerca los modelos constatados en otras provincias del Imperio, los patrones exclusivamente hispanos, y las que se inspiran en los apliques claveteados de tipo militar, pero convirtiéndolos en botones.

Los botones hexagonales (nº 67), los circulares con umbo y dos pasadores (nº 55), los que tienen forma de concha (nº 114) y los ovalados (nº 65), entre otros, están constatados en amplias zonas del Imperio, casi siempre en ambientes militares, con ejemplares idénticos a los hispanos. Tal afinidad nos lleva a pensar que nos encontramos ante auténticos representantes extrapeninsulares, traídos aquí en la tercera centuria por el ejército. La misma conclusión puede fijarse para algunos de los ejemplares peltiformes, como el de Veguilla de Oreja (nº 119), que goza de paralelos idénticos en el Limes durante este siglo.

Los botones peltiformes, junto a los circulares simples de un roblón y los decorados con una roseta, serían los de cronología más antigua. Para las piezas peltadas, sabemos su uso cierto a fines de la segunda centuria, como ha demostrado el enterramiento de la Vega Baja (nº 85 a 89), si bien es en el siglo III cuando este motivo gozó de mayor predicamento, al menos en el resto del Imperio. Durante la época tardorromana siguieron estando de moda en Hispania, lo que confirma un cierto atabismo de nuestra provincia respecto al resto, donde predominaban otros tipos de apliques. Aunque en ocasiones se ha querido justificar el continuado empleo residual de los botones peltiformes en zonas como la Galia durante el Bajo Imperio, mediante la amortización y reutilización de ejemplares antiguos no creemos que tal justificación sea aplicable al caso hispano, donde su abundancia dista de ser «residual».

Aunque los auténticos apliques militares ultrapirenaicos, en uso durante los siglos IV y V, escasean en nuestro suelo, sin embargo, contamos con una reinterpretación de los mismo genuinamente hispana. Nos referimos a las piezas con forma de hélice (nº 68 a 79), que copiando el modelo original, en cuanto a la forma, sustituyen los pequeños clavos que perforan la pieza para asirla al cuero por sendos botones fundidos. Esta preferencia por el sistema abotonado, frente al remachado, debe ser interpretada como una característica propia de la romanidad tardía en la península ibérica.

Como botones típicamente hispanos, ya que no está constatada su presencia, por el momento, en otras provincias del Imperio, deben considerarse también a los ejemplares cruciformes (nº 50) y acorazonados (nº 53 y 110 a 113), ambos relacionados con un amplio grupo de guarniciones de bronce claveteadas o anilladas aparecidas en Marruecos, Galia, Germania, etc. También hispanos serían los botones circulares con umbo, dentados y perforados (A.I.a.1), todos ellos con un pasador (nº 1 a 5), y quizá las dobles peltas escutiformes (nº 81-82) que recuerdan a ciertos apliques claveteados de fines de la romanidad.

Todos estos modelos y su interconexión con otras piezas empleadas en los cinturones y arneses, parecen indicar la existencia de una koiné ornamental que hermana zonas muy distantes del Imperio, bajo unos mismos gustos por una serie de temas de gran raigambre en la cultura romana, como la pelta, y que consigue unos modelos decorativos que, en algunos casos, perduraron durante al menos cuatro siglos, como demuestran los botones escutiformes simples (I.1) en uso ininterrumpido en la Galia, desde el siglo II d.C., hasta el V.

La relación de nuestros ejemplares con los botones y apliques militares creemos que no es meramente accidental. Sin entrar en la polémica desatada desde hace ya años, en torno a la presencia militar en *Hispania* durante la tardorromanidad y los vestigios materiales que produjo, queremos incidir en algunos aspectos que arrojan algo de luz sobre la misma. No podemos ser tan ingenuos como para pensar que todos los botones que presentamos en este inventario fueron usados por contingentes militares, pero sin embargo, sería igual de ingenuo pensar que ninguno de ellos lo fue. La aparición conjunta de botones y bronce militares en idénticos yacimientos parecen avalar esta hipótesis³. Para algunas de las piezas ya hemos defendido su posible carácter militar, dentro de la tercera centuria, pues una reciprocidad tan exacta entre los modelos empleados por los auxiliares del Limes y los que aparecen aquí, no puede ser justificada mediante el espíritu de la moda. Respecto a los ejemplares claramente bajoimperiales, su relación con los apliques usados en los ambientes militares del momento, indican una afinidad conceptual sólo explicable, al

³ En Villarrubia de Santiago el botón en forma de hélice apareció en un yacimiento en el que está constatada la presencia de bronce militares excisos ultrapirenaicos. La pieza hexagonal de Ocaña está relacionada con apliques claveteados peltiformes, típicos también de las tropas auxiliares del S. III, encontrados en el mismo lugar (Aurrecochea 1994).

menos, mediante la convivencia. Si algunos de nuestros botones reelaboran los modelos presentes en los apliques militares claveteados es por que conviven con ellos. Lo que no podemos, por el momento, es definir si en el marco de una cultura mixta romano-germana (*Mischzivilisation*), como la que se produjo en el norte de la Galia, o por la simple pervivencia de tropas, como la *Legio VII*.

La vinculación espacial de nuestras piezas con la mitad norte peninsular, pero sobre todo con el área geográfica de la Meseta (fig. 6), está íntimamente conectada con el desarrollo de esta zona en época tardorromana y posiblemente condicionada por la presencia de efectivos militares, regulares o particulares. La mayoría de los ejemplares se encuentran inmersos en el prolijo mundo de las *villae* y demás establecimientos rurales que caracterizan a ambas mesetas, así como con el horizonte de sus necrópolis. La presencia de estos elementos en las ciudades es, por contrapartida, escasa. Por el momento, se constata una significativa concentración de los hallazgos en los valles y afluentes del Duero y Tajo, pudiendo ser calificados aquí, como un elemento característico de la cultura romana de la región.

INVENTARIO DE LOS BOTONES HISPANORROMANOS CONOCIDOS

I-A.1.a.1 (Un roblón y cabeza circular con umbo, calada y dentada)

1. La Bienvenida (Ciudad Real).- 3,1 × 3,1 × 1,4.- Composición: 48,21% Cu; 42,30% Pb; 8,687% Zn; 0,194% Fe; 0,082% Ag; 0,081% As y 0,048% Sb.- Aurrecoechea et alii. 1986, 263, fig. 4, 1.
2. Velilla (Madrid).- 2,3 × 2,3 × 1,5. Composición: 53,51% Cu; 38,60% Pb; 7,496% Sn; 0,242% Fe; 0,136% Sb y 0,025% Ag.- Inédito.
3. Cerro de los Angeles (Madrid).- 2,3 × 2,3 × 1,8.- Inédito.
4. Provincia de Toledo.- 2,1 × 2,1 × 1,8.- Inédito.
5. Sin procedencia.- 3,2 × 3,2 × 1,5.- Caballero Zoreda. 1974, 92, fig. 22, 39.
- 5a. Bienservida (Albacete).- 2,6 × 1,4.- Abascal y Sánz. 1993, 160, nº 360.

I-A.1.a.2 (Un roblón y cabeza circular con umbo, sin calar pero dentada)

6. Simancas (Valladolid).- 1,5 × 1,5.- Incisiones.- Tumba 100. Necrópolis tardía.- Cinturón.- Palol. 1964, 80 y 82, fig. 7; Palol. 1969, 166, fig. 27, 6.

7. Aldeanueva del Monte (Segovia).- 2,8 × 2,8 × 1,9.- Molinero. 1971, 88, lám. 145, 578.
8. Pompaelo (Navarra).- 2,6 × 2,6 × 1,5.- Sector H del Arcedianato. Nivel II tardío (siglos iv al v).- Mezquiriz de Catalán. 1978, 78, fig. 39, 8.
9. Torre Mal Paso (Castellón).- Nivel con monedas desde finales del siglo ii al iii.- Fletcher. 1954, lám. 1, 14.
10. Carpio de Tajo (Toledo).- Caballero. 1974, 102, nota 171.
11. Monte Penouço (Portugal).- Caballero. 1974, 102, nota 171.
12. Sin procedencia.- 1,9 × 1,9 × 1,5.- Museo de Linares.- Inédito.

I-A.1.b.2 (Un roblón y cabeza circular con umbo, sin calar ni dentar)

13. Fuentespreadas (Zamora).- 1,9 × 1,9 × 1,6.- Incisiones en el perímetro.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo iv d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 13.
14. Simancas (Valladolid).- 3 × 3.- Necrópolis tardía.- Palol. 1969, 156, fig. 27,4.
15. Peña Forua (Vizcaya).- 2,4 × 2,4 × 1,6.- Cueva (mitad del siglo iv- siglo v d.C.).- Martínez y Unzueta. 1988, 56, fig. 89, 2.
16. Peña Forua (Vizcaya).- 2,4 × 2,4 × 1,6.- Cueva (mitad del siglo iv- siglo v d.C.).- Martínez y Unzueta. 1988, 56, fig. 89, 3.
17. Ocaña-2 (Toledo).- 1,7 × 1,7 × 1,2.- Círculos concéntricos moldurados.- Inédito.
18. Magán (Toledo).- 1,4 × 1,4 × 1,3.- Círculos concéntricos moldurados.- Inédito.
19. Puente Biezma (Madrid).- 1,4 × 1,4 × 1,5.- Inédito.
20. Valeria (Cuenca).- 2,2 × 2,2.- Círculos concéntricos moldurados.- Nivel superficie. Corte N. Ninfeo.- Osuna et alii. 1978, 74, fig. G-1, 14.
21. Cidadela (Coruña).- Campamento (2ª mitad siglo ii-iv).- Caamaño. 1984, 247, fig. 10, 4.

I-A.2.b.2 (Un roblón y cabeza circular sin umbo, ni dientes, ni calados)

22. Fuentespreadas (Zamora).- 2,7 × 2,7 × 1,3.- Incisiones en perímetro y círculos concéntricos Tumba 1 (2ª mitad del siglo iv d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 10.
23. Fuentespreadas (Zamora).- 2,6 × 2,6 × 1,4.- Incisiones en perímetro y círculos concéntricos.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo iv d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 11.
24. Fuentespreadas (Zamora).- 2,5 × 2,5 × 1.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo iv d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 12.

- 25. Fuentespreadas (Zamora).- 4,6 × 4,6.- Incisiones en perímetro y círculos concéntricos.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 9.
- 26. San Miguel del Arroyo (Valladolid).- 2 × 2. Tumba 10. Necrópolis tardía.- Cinturón.- Palol. 1969, 110, fig. 25, 2; Palol. 1964, 70, fig. 1.
- 27. Simancas (Valladolid).- 3,6 × 3,6.- Círculos concéntricos incisos.- Tumba 3. Necrópolis tardía (mitad siglo IV-V).- Palol. 1969, 156, fig. 27, 5.
- 28. Quintanilla Soto de Bureba (Burgos).- Martínez Santaolalla. 1924, 283, fig. 7.
- 29. Castillejo (Madrid).- 3,3 × 3,3 × 1,2.- Círculos concéntricos incisos. Composición: 74,70% Cu; 12,40% Sn; 10,01% Pb; 2,190% Zn; 0,511% Fe; 0,112% Ni y 0,028% Ag.- Inédito.
- 30. Estremera (Madrid).- 1,4 × 1,4 × 1,2.- Círculos concéntricos incisos.- Inédito.
- 31. Ocaña (Toledo).- 2,7 × 2,7 × 0,7.- Círculos concéntricos incisos.- Inédito.
- 32. Seseña (Toledo).- 2,3 × 2,3 × 1,4.- Círculos concéntricos incisos.- Inédito.
- 33. Seseña (Toledo).- 1,6 × 1,6 × 1,1. Composición: 33,47% Cu; 61,03% Pb; 5,134% Sn; 0,185% Ni; 0,079% Fe; 0,092% Sb y 0,014 Ag.- Inédito.
- 34. Montealegre del Castillo (Albacete).- 2,3 × 2,3 × 1,4.- Caballero Zoreda. 1974, 92, fig. 22, 40.
- 35. Peña Forua (Vizcaya).- 2,2 × 2,2 × 1,8.- Círculos concéntricos incisos.- Cueva (2ª mitad siglo IV - siglo V d.C.).- Martínez y Unzueta. 1988, 56, fig. 89, 4.
- 36. Sant Josep (Castellón).- 6,6 × 6,6.- Poblado. siglo IV?.- Rosas. 1980, 206, fig. 3, 23.
- 37. Torre Mal Paso (Castellón).- Nivel con monedas del siglo III.- Fletcher. 1954, lám. 1, 15.
- 38. Torre Mal Paso (Castellón).- Nivel con cerámica ibérica?.- Fletcher. 1954, 216, lám. 1, 7.
- 39. Pollentia (Mallorca).- Cuadro III de la Calle Porticada. Nivel I superficial.- Arribas et alii. 1973, 127, fig. 39, 19.
- 40. Can Bosch de Basea (Barcelona).- Villa tardía?.- Morral et alii. 1980, fig. 23, 2, nº 191.
- 41. Can Bosch de Basea (Barcelona).- Incisiones que reproducen la cara de un león.- Villa tardía?.- Morral et alii. 1980, fig. 23, 1, nº 187.
- 42. Sin procedencia.- 2 × 2 × 1,1.- Museo de Ciudad Real.- Fuentes. 1986, 323-324, fig. 1, 2.

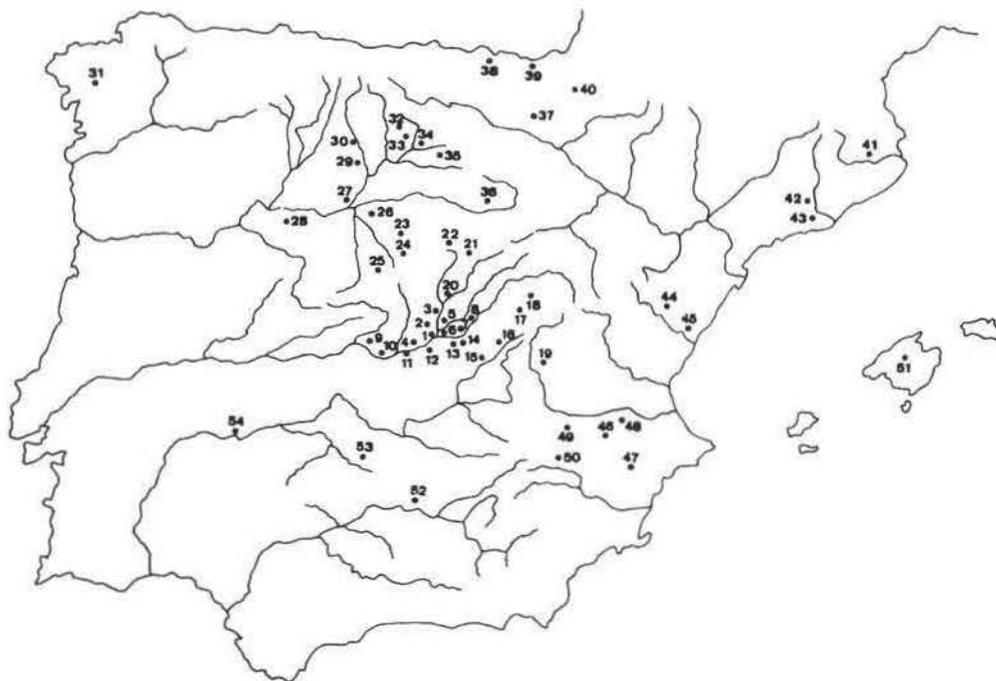


Figura 6: Mapa con la dispersión de los botones hallados en Hispania: 1.- Seseña, 2.- Cerro de los Angeles, 3.- Velilla de S. Antonio, 4.- Magán, 5.- Valdocarros, 6.- Titulcia, 7.- Puente Biezma, 8.- Estremera, 9.- Maqueda, 10.- Carpio de Tajo, 11.- Toledo, 12.- Castillejo, 13.- Ocaña, 14.- Villarrubia de Santiago, 15.- Segóbriga, 16.- Carrascosa del Campo, 17.- Ercávica, 18.- Albalate de las Nogueras, 19.- Valeria, 20.- Alcalá de Henares, 21.- Los Tolmos, 22.- Castillo Billido, 23.- Duratón, 24.- Aldeanueva del Monte, 25.- Armuña, 26.- S. Miguel del Arroyo, 27.- Simancas, 28.- Fuentespreadas, 29.- Villaviudas, 30.- La Olmeda, 31.- Ciudadela, 32.- Sasamón, 33.- La Nuez de Abajo, 34.- Cabriana, 35.- Bureba, 36.- Calatañazor, 37.- Iruña, 38.- Forua, 39.- Motrico, 40.- Pompaelo, 41.- Vilauba, 42.- Can Bosch, 43.- Cal Mercader, 44.- Torre del Mal Paso, 45.- Sant Josep, 46.- Montealegre del Castillo, 47.- Jumilla, 48.- Alpera, 49.- Lezuza, 50.- Bienservida, 51.- Pollentia, 52.- Cástulo, 53.- La Bienvenida, 54.- Mérida.

- 42a. Lezuza (Albacete).- 2 × 1,2.- Museo de Albacete.- Abascal y Sáenz. 1993, 159, nº 358.
- 42b. Alpera (Albacete).- 1,5 × 1,3 × 1.- Museo de Albacete.- Abascal y Sáenz. 1993, 160, nº 359.
- I-A.3* (Un roblón y cabeza circular, con forma general de carrete)
43. Fuentespreadas (Zamora).- 2,4 × 2,4 × 1,7.- Círculos concéntricos.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 89, fig. 20, 14.
44. Castillejo (Madrid).- 2 × 2 × 1,5.- Inédito.
45. Torre Mal Paso (Castellón).- Fletcher. 1954, 216, lám. 1, 11.
46. Sin procedencia.- 1,4 × 1,4 × 1,7.- Museo de Mérida.- Caballero Zoreda. 1974, 94, fig. 22, 43.
- I-D* (Un roblón y cabeza en forma de hélice)
47. Armuña (Segovia).- 2,5 × 1 × 1,1.- Líneas incisas.- Inédito.
- I-E.1* (Un roblón y cabeza troncal con base circular)
48. Ocaña (Toledo).- 1,7 × 1,7 × 1,8.- Inédito.
- I-E.2* (Un roblón y cabeza troncal con base pentagonal)
49. Valdocarros (Madrid).- 1,6 × 1,6 × 1,7.- Incisiones.- Inédito.
- I-F* (Un roblón y cabeza en forma de cruz)
50. Velilla (Madrid).- 2,2 × 2,2 × 1,5.- Inédito.
- I-I.2.a* (Un roblón y cabeza peltiforme con remate superior simple de un tallo)
51. Titulcia (Madrid).- 2,6 × 2,5 × 0,8.- Incisiones en el tallo.- Inédito.
- I-I.2.b* (Un roblón y cabeza peltiforme con remate superior simple de doble tallo)
52. Sin procedencia.- 1,2 × 1,2 × 0,6.- Museo de Ciudad Real.- Fuentes. 1986, 324, fig. 1,3.
- I-J* (Un roblón y cabeza acorazonada)
53. Sin procedencia.- 2,5 × 2 × 0,9.- Inédito.
- I-L* (Un roblón y cabeza en forma de roseta)
54. Sasamón (Burgos).- 2,7 × 2,7.- Nivel III del Atrio, inicios del siglo I hasta fines siglo II.- Abasolo y García. 1993, 97, fig. 52, nº 800.
- II-A.1.b.2* (Dos roblones y cabeza circular con umbo, sin calados ni dentados)
55. Velilla (Madrid).- 3 × 3 × 1,4.- Círculos concéntricos incisos. Composición: 69,45% Cu; 19,12% Pb; 7,365% Sn; 3,431% Zn; 0,229% Fe; 0,149% Sb y 0,050% Ag.- Inédito.
56. Vilauba (Gerona).- Villa. Fase III, 1ª mitad del siglo IV.- Roure. 1988, fig. 39, nº 17.
- II-A.2.b.2* (Dos roblones y cabeza circular sin umbo, ni calados ni dentados)
57. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 6,4 × 6,4 × 1,2.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 95, fig. 23, 9.
58. Iruña (Alava).- 5,4 × 5,4.- Urbano. siglo v d.C.?- Nieto. 1958, 199, fig. 138, 9; Elorza. 1972, 209-212.
59. Motrico (Guipúzcoa).- 4,5 × 4,5.- Enterramiento en cueva.- Apellaniz. 1974, 128, fig. 2.
60. Los Tolmos (Soria).- 3,2 × 3,2 × 1,3.- Necrópolis tardía.- Jimeno Martínez. 1979, 96, fig. 4, 3.
61. Cabriana (Burgos).- Necrópolis.- Elorza. 1974, nota 8.
62. Cástulo (Jaén).- 2 × 2.- Círculos concéntricos incisos.- Urbano. Nivel del siglo III con perduración.- Blázquez et alii. 1984, 201, fig. 101, núm. 223.
63. Cal Mercader (Barcelona).- Círculos concéntricos incisos.- Enrich. 1979-80, 406, fig. 4, 27.
64. Mérida.- 4,7 × 4,7 × 1,1.- Círculos concéntricos incisos.- Inédito.
- II-B.1* (Dos roblones y cabeza ovalada)
65. Cerro de los Angeles (Madrid).- 4,5 × 1,7 × 0,9.- Inédito.
- II-B.2* (Dos roblones y cabeza ovalada rematada por esferas)
66. Armuña (Segovia).- 2,1 × 0,6 × 0,9.- Inédito.

II-C (Dos roblones y cabeza hexagonal)

67. Ocaña (Toledo).- 3,2 × 2,0 × 0,7.- Inédito.

II-D (Dos roblones y cabeza en forma de hélice)

68. Titulcia (Madrid).- 4,2 × 1,5 × 0,7.- Líneas incisas y dentados. Inédito.
69. Ocaña.- 3,1 × 2 × 0,5.- Círculos troquelados.- Inédito.
70. Villarrubia de Santiago (Toledo).- ca 4,5 × 2,2 × 0,7.- Círculos troquelados. Inédito.

II-G (Dos rolobes y cabeza rectangular moldurada)

71. Armuña (Segovia).- 2,1 × 0,7 × 1,2.- Inédito.

II-H (Dos rolobes y cabeza con tendencia triangular)

72. Castillo Billido (Soria). Dentados?. Lucas Hernández. 1977, 41. fig. 7.

II-I.1 (Dos roblones y cabeza en forma de escudete)

73. Fuentespreadas (Zamora).- 2,2 × 2,6 × 0,9.- Tumba I (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 8.
74. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 2,4 × 2,5.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 94, fig. 22, 5.
75. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 3,2 × 3.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 94, fig. 22, 4.
76. Albalate de las Nogueras (Cuenca).- 2,2 × 2,8.- Necrópolis tardía. Hallazgo superficie.- Fuentes. 1989, 75, fig. 26, S-1.
77. Estremera (Madrid).- 2,1 × 2,5 × 0,9. Composición: 75,35% Cu; 13,79% Pb; 9,554% Sn; 0,488% Zn; 0,429% Ag; 0,183% Fe y 0,117% Sb.- Inédito.
78. Ocaña-2 (Toledo).- 3,9 × 3,8.- Inédito.
79. Peña Forua (Vizcaya).- 2,4 × 0,8.- Cueva (siglo IV v d.C.).- Martínez y Unzueta. 1988, 56, fig. 89, 5.
80. Armuña (Segovia).- 1,9 × 1,8 × 0,7. Incisiones formando una palma. Le falta un roblón.- Inédito.

II-I.1 (Dos roblones y cabeza en forma de doble escudete)

81. Seseña (Toledo).- 3,8 × 1,9 × 0,7. Composición: 84,85% Cu; 6,656% Pb; 6,348% Sn; 1,493% Zn; 0,270% Fe; 0,153% Sb y 0,049% Ag.- Inédito.

82. Provincia de Toledo.- 3,2 × 1,7 × 0,7.- Inédito.

83. Provincia de Toledo.- 4,2 × 2,7 × 0,8.- Inédito.

II-I.2.a (Dos roblones y cabeza peltiforme con remate superior simple de un tallo)

84. Carrascosa del Campo (Cuenca).- 4 × 3,7 × 1.- Incisiones en el tallo.- Caballero Zoreda. 1974, 158-159, núm. 44.
85. Tumba de la Vega Baja (Toledo).- c.4,1 × c.4.- Siglo II.- Atalaje.- Inédito.
86. Tumba de la Vega Baja (Toledo).- c.4,1 × c.4.- siglo II.- Atalaje.- Inédito.
87. Tumba de la Vega Baja (Toledo).- c.4,1 × c.4.- siglo II.- Atalaje.- Inédito.
88. Tumba de la Vega Baja (Toledo).- c.4,1 × c.4.- siglo II.- Atalaje.- Inédito.
89. Tumba de la Vega Baja (Toledo).- c.4,1 × c.4.- siglo II.- Atalaje.- Inédito.
90. Mérida.- 3,2 × 3,4 × 0,9.- Dentados.- Composición: 74,64% Cu; 8,112% Zn; 8,462% Sn; 8,079% Pb; 0,259% Fe; 0,205% Ni; 0,087% Sb y 0,061% Ag.- Inédito.
91.- Maqueda (Toledo).- 3,1 × 3,2 × 0,9.- Inédito.
92.- Sin procedencia.- 2,5 × 2,1 × 0,7.- M.A.N. de Madrid.- Caballero Zoreda. 1974, 92, fig. 22, 38.

II-I.3.a (Dos roblones y cabeza peltiforme con flor de lis de hojas laterales desarrolladas)

93. Fuentespreadas (Zamora).- 4,4 × 3,8 × 1.- Tumba I (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 3.
94. Fuentespreadas (Zamora).- 2,8 × 2,4 × 0,6.- Tumba I (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 3.
95. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 8,3 × 9 × 1.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 95, fig. 23, 8.
96. Sin procedencia.- 4,5 × 1.- Incisiones.- M.A.N. de Madrid.- Thouvenot. 1927, 124, núm. 642; Caballero Zoreda. 1974, 92, fig. 22, 36.
97. Sin procedencia.- 4,5 × 4,1 × 0,7.- Incisiones.- Caballero Zoreda. 1974, 92, fig. 22, 37.

II-I.3.b (Dos roblones y cabeza peltiforme con flor de lis de hojas laterales incipientes)

98. Duratón (Segovia).- 3,3 × 3,2.- Tumba 30. Necrópolis visigoda. Reutilización?.- Molinero. 1971, 25, lám. 2, 32.
99. La Bienvenida (Ciudad Real).- 2,2 × 2.- Incisiones en el tallo.- Inédito.

100. Los Tolmos (Soria).- 2 × 2,2 × 1.- Necrópolis tardía.- Jimeno Martínez. 1979, 96, fig. 4, 4.
101. Seseña (Toledo).- 2,6 × 2,4.- Composición: 43,79% Cu; 47,72% Pb; 4,221% Sn; 3,604% Zn; 0,227% Fe; 0,159% Sb y 0,148% Ag.- Incisiones en el tallo.- Inédito.
102. Jumilla (Murcia).- Caballero Zoreda. 1974, nota 59.
103. Andalucía.- 3,6 × 3,4 × 1. Ejemplar inacabado.- Inédito.

II-1.3.c (Dos roblones y cabeza peltiforme con remate superior en forma de ancla)

104. Fuentespreadas (Zamora).- 2,5 × 2,5 × 0,6.- Tumba 1 (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 7.
105. Fuentespreadas (Zamora).- 2,7 × 2,3 × 0,7.- Tumba 1 (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 5.
106. Fuentespreadas (Zamora).- 2,6 × 2,2 × 0,7.- Tumba 1 (2ª mitad siglo IV d.C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 88, fig. 20, 6.
107. Nuez de Abajo (Burgos).- 2,3.- Incisiones en el tallo y cruz.- Necrópolis tardía?.- Cinturón?.- Palol. 1964, 156, fig. 27, 7; Palol. 1969, 89, fig. 9, 3.
108. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 2,5 × 2,8.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 94, fig. 22, 6.
109. Maqueda (Toledo).- 3,2 × 2,5 × 0,7.- Incisiones y dentados.- Inédito.

II-J (Dos roblones y cabeza acorazonada)

110. Calatañazor (Soria).- Taracena. 1925, 15-23, lám. 6; Caballero. 1974, 100, fig. 23, E.
111. Castillejo (Madrid).- 3,5 × 2,3 × 0,9.- Incisiones.- Composición: 58,54% Cu; 17,78% Pb; 13,62% Zn; 9,487% Sn; 0,311% Fe; 0,113% Sb y 0,093% Ag.- Inédito.
112. Provincia de Toledo.- 4,5 × 2,8 × 1,1.- Inédito.
113. Sin procedencia.- 4,1 × 2,8 × 1,3.- Museo de Ciudad Real.- Fuentes. 1986, 323, fig. 1, 1.

II-M (Dos roblones y cabeza en forma de concha)

114. Sin procedencia.- 2,9 × 2,9 × 1,1.- Inédito.

III-A.1.b.1 (Tres roblones y cabeza circular con umbo, calada pero sin dientes)

115. Fuentespreadas (Zamora).- 7,5 × 7,5 × 2,2.- Calada.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo IV d. C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 86, fig. 20, 1.

116. Fuentespreadas (Zamora).- 7,4 × 7,4 × 1,8.- Calada.- Tumba 1 (2ª mitad del siglo IV d. C.).- Atalaje y cinturón.- Caballero Zoreda. 1974, 86, fig. 20, 2.
117. Pedrosa de la Vega (Palencia).- 7,8 × 7,8 × 1,5.- Calada.- Villa.- Palol y Cortes. 1974, 94-95, fig. 23, 7.

III-K (Tres roblones y cabeza foliácea)

118. Villaviudas (Palencia).- 8,2 × 8,6.- Incisiones y calados.- Villa.- Anónimo. 1979, 238, lám. 7.

IV-1.3.a (Cuatro roblones, peltiforme con remate en flor de lis de hojas laterales desarrolladas)

119. Veguilla de Oreja (Madrid).- 4,8 × 4,8.- Inédito.

IV-1.3.b (De cuatro roblones, peltiforme con remate en flor de lis de hojas laterales incipientes)

120. Arganda (Madrid).- 7,1 × 2,9.- Museo Municipal de Madrid.- Inédito.

En el presente inventario figura, en primer lugar, la procedencia de la pieza, seguida de: las dimensiones, el tipo de decoración que presenta, el contexto arqueológico y cronológico, los materiales con que se encuentra asociada (atalaje o cinturón) y la bibliografía.

Una vez concluido éste trabajo hemos tenido conocimiento del catálogo de los bronce del Museo de Albacete, donde se publican una serie de nuevos ejemplares, que hemos incorporado a nuestro listado, obligándonos a desdoblarse la numeración inicial (nº 5a, nº 42a y nº 42b).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABASCAL, J. M., y SÁNZ, R., 1993: *Bronces antiguos del Museo de Albacete*. Albacete.
- ABÁSOLO, J. A., y GARCÍA, R., 1993: «Excavaciones en Sasamón (Burgos)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 164.
- ALMAGRO BASCH, M., 1975: «La necrópolis hispano-visigoda de Segóbriga, Saelices (Cuenca)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 84.
- Anónimo (1979): «Nueva villa romana en la provincia de Palencia». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 41.
- APELLÁNIZ, J. M., 1974: «Los problemas de las cuevas sepulcrales de Ereñukoarizti, Arenaza II y

- Albiztey en Vizcaya». *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 1.
- ARRIBAS, A. et alii, 1973: «Pollentia I, excavaciones en Sa Portella (Alcudia, Mallorca)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 75.
- AURRECOECHEA, J.; FERNÁNDEZ OCHOA, C., y CABALLERO, A., 1986: «Mobiliario metálico del yacimiento ibero-romano de La Bienvenida, en la provincia de Ciudad Real». *Oretum*, 2.
- AURRECOECHEA, J., 1994: «Bronces romanos de tipología militar en la Meseta Sur». *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9.
- BISHOP, M. C., 1988: «Cavalry equipment of the Roman Army in the first century A.D.». en «Military Equipment and the Identity of Roman Soldiers». *B.A.R. International Series*, 394.
- BISHOP, M. C., y COULSTON, J. C. N., 1993: *Roman Military Equipment*. Londres.
- BLÁZQUEZ, J. M. et alii, 1984: «Cástulo, IV». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 131.
- BLÁZQUEZ, J. M., y LÓPEZ MONTEAGUDO, G., 1990: «Iconografía de la vida cotidiana: Temas de caza». Mosaicos romanos, estudios sobre iconografía. *Actas del Homenaje in memoriam de Alberto Balil Illana*. Guadalajara.
- BÖHME, H. W., 1986: «Bemerkungen zum spätrömischen Militärstil». *Zum Problem der Deutung frühmittelalterliches Bildinhalte*. Sigmaringen.
- BONNET, J. et alii, 1989: *Collections du Musée Carnavalet. Les bronzes antiques de Paris*. Paris.
- BOUBE, J., 1960: «Fibules et garnitures de ceinture tardive». *Bulletin d'Archéologie Marocain*, 4.
- BOUBE-PICOT, C., 1980: *Les bronzes antiques du Maroc, III. Les chars et l'attelage*. Etudes et travaux Archéologie Marocaine, 8.
- BOUCHER, S., 1983: *Les bronzes figurés antiques*. Musée Denon Chalon-Sur-Saone.
- BOUSQUET, M., 1965: «Circonscription de Rennes. Concarneau». *Gallia*, 23.
- BULLINGER, H., 1969: *Spätantike Gürtelbeschläge. Typen, Herstellung, Trageweise und Datierung*. Dissertationes Archaeologiae Gandense, 12.
- CAAMAÑO, J. M., 1984: «Excavaciones en el campamento romano de Cidadela (Sobrado dos Monxes). Memoria preliminar de la campaña de 1981». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18.
- CABALLERO ZOREDA, L., 1974: «La necrópolis de Fuentespreadas (Zamora)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 80.
- CHARBONNEAUX, J., 1958: *Les bronzes grecs*. Paris.
- DAWSON, M., 1989: «A review of the equipment of the Roman army of Dacia». en «Roman Military Equipment: The sources of evidence». *BAR International Series*, 476.
- ELORZA, J. C., 1972: «Un aplique de cinturón tardorromano de Iruña». *Estudios de Arqueología Alavesa*, 5.
- ENRICH, J., 1979-80: «Restos romano-imperiales de Cal Mercader (Odena, Barcelona)». *Ampurias*, 41-42.
- ERICE, M. R., 1986: «Bronces romanos del Museo de Navarra». *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5.
- ESPINOSA, U., y NOACK-HALLEY, S., 1991: «Pieza de orfebrería bajoimperial en Vareia (Varea-Logroño, La Rioja)». *Madriditer Mitteilungen*, 32.
- FLETCHER, D., 1954: «La cueva y el poblado de La torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, 5.
- FAUDUET, I., 1992: *Musée d'Evreux. Bronzes gallo-romains. Instrumentum*. Evreux.
- FEUGÈRE, M., 1983: «L'équipement militaire Romain dans le Département de la Loire». *Cahiers Archéologiques de la Loire*, 3.
- FEUGÈRE, M., y TENDILLE, C., 1989: «Les objets métalliques». *L'oppidum de Ambrussum et son territoire. Fouilles au quartier du Sablas, 1979-1985*. Paris.
- FUENTES, A., 1986: «Tres nuevos botones tardorromanos en el Museo de Ciudad Real» *Oretum*, 2.
- FUENTES, A., 1989: *La necrópolis tardorromana de Albalate de Las Nogueras (Cuenca), y el problema de las denominadas Necrópolis del Duero*. Cuenca.
- HEURGON, J., 1958: *Le trésor de Ténès*. Paris.
- JIMÉNEZ MARTÍNEZ, A., 1979: «Aportaciones al estudio de las necrópolis del Duero: Los Tolmos, Caracena (Soria)». *Revista de Investigación*, 1.
- LEHNER, H., 1923: «Ein gallorömischer Wagen aus Frenz an der Inde im Kreis Düren». *Bonner Jahrbücher*, 128.
- LUCAS HERNÁNDEZ, N., 1977: «Castillo Billido, un castro romanizado en el cañón del río Lobos (Soria)». *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 7.
- LUTZ, M., 1972: «Le domaine gallo-romain de Saint-Ulrich (Moselle) (II)». *Gallia*, 30.
- MADROÑERO DE LA CAL, A., 1985: «Estudio estructural comparativo entre piezas metálicas aparecidas en los yacimientos tardorromanos de Getafe (Madrid) y Fuentespreadas (Zamora)». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 3.
- MARTÍNEZ, M., y UNZUETA, M., 1988: *Estudio del material romano de la cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya)*. Cuadernos de Arqueología de Deusto.
- MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M. A., 1978: «Pompaelo, II». *Excavaciones en Navarra*, 9.

- MOLINERO PÉREZ, A., 1971: «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 72.
- MORRAL, E. et alii, 1980: *Excavacions a la vil·la romana de Can Bosch de Basea (Terrassa)*. Institut de Prehistòria i Arqueologia de la Diputació de Barcelona. Junta Municipal de Museus de Terrassa. Terrassa.
- NIETO GALLO, G., 1958: *El oppidum de Iruña*.
- OLDENSTEIN, J., 1976: «Zur Ausrüstung römischer Auxiliareinheiten». *Bericht der Romisch-Germanischen Kommission*, 57.
- OSUNA RUÍZ, M. et alii, 1978: *Valeria romana, I*. Cuenca.
- PALAGYI, S., 1989: «Rekonstruktionsmöglichkeiten der Pferdegeschirrfunde aus Pannonien». en «Roman Military Equipment: The Sources of Evidence». *B.A.R. International Series*, 476.
- PALOL, P. de, 1964: «Cuchillo hispanorromano del siglo IV d.C.» *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 30.
- PALOL, P. de, 1969: «La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanorromanos del siglo IV». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 34-35.
- PALOL, P. de, 1970: «Hallazgos hispanorromanos de los S. IV-V, en la provincia de Soria». *Pyrenae*, 6.
- PALOL, P. de, 1972: «Una tumba romana de Toledo y los frenos de caballo hispanorromanos del Bajo Imperio». *Pyrenae*, 8.
- PALOL, P. de y CORTÉS, J., 1974: «La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Excavaciones de 1969 y 1970». *Acta Arqueológica Hispánica*, 7.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., 1992: «Los *cingula militae* tardorromanos de la Península Ibérica». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 58.
- PICÓN, M. et alii, 1966: «Recherches techniques sur des bronzes de Gaule Romaine, I». *Gallia*, 24.
- RIEGL, A., 1985: *Late Roman Art Industry*. Roma.
- ROSAS ARTOLA, M., 1980: «El mobiliari metàl·lic del poblat ibero-romà de Sant Josep (La Vall D'Uixo, Castelló)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7.
- ROURE, A., 1988: *La vil·la romana de Vilauba (Camós): estudi d'un assentament rural (Campanyes de 1979-85)*. Centre d'Investigacions Arqueològiques. Serie Monogràfica, 8. Gerona.
- RUÍZ DE ARBULO, J., 1989: «Objectes metàl·lics, ossis, lítics i epigràfics» en *Un abocador del segle V D.C. en el fòrum provincial de Tàrraco*. Memòries d'excavació 2. Taller Escola D'Arqueologia. Tarragona.
- SELYE, I., 1939: *Les bronzes émaillés de la Pannonie Romaine*. Budapest-Leipzig.
- TARACENA AGUIRRE, B., 1925: «Excavaciones en algunos sitios de la provincia de Soria». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 75.
- THOUVENOT, R., 1927: *Catalogue des figurines et objets de bronze du Musée Archéologique de Madrid, I. Bronzes grecs et romains*. Bibliothèque de 'Ecole des Hautes-Etudes Hispaniques, 12.